

ANTOLOGIA

RAUL MORALES ALVAREZ

TEXTOS ESCOGIDOS

EL PARAÍSO PERDIDO

EL PADRINO que me sostuvo en el bautizo fue Víctor Eastman Cox, entonces Embajador de Chile en Ecuador, porque yo nací en Quito, sin perder por ello mi blindada nacionalidad chilena, con mi primer respiro establecido en nuestra propia sede diplomática, esto es, Territorio de Chile. El padrino era un hombre alto, muy buenmozo, con ademanes de príncipe o de mago, tal como resultó para su ahijado, muy de veras. Siempre, al menos, me hizo regalos principescos y mágicos. Uno de ellos fue una tortuga gigante, cazada en las Islas Galápagos, en lo alto de cuya concha acorazada, con un diámetro de este volado, yo me sentaba con mucha facha para ir de paseo por las calles, muriéndome de la risa, provocando la admiración y la celosa envidia de los mocosos de mi edad.

El hecho ocurrió en Iquique, donde mi padre destacaba como Intendente de Tarapacá. Monseñor José María Caro acababa, en esos días, de ascender a Obispo desde su humilde curato de Mamiña, y Carlos Ibáñez del Campo de asumir la Prefectura de Policía del puerto con el grado de mayor. Recuerdo ambos sucesos, el obispal y el policial, porque fue al filo de ambos cuando me llegó un nuevo regalo embrujado del padrino. Esta vez era un caballo de chocolate, pero de cuerpo entero, como un mampato de Chiloé, más o menos enano, hay que entenderlo bien, hecho especialmente para mí, en Suiza, por la firma Nestlé. Creo que jamás ningún otro niño ha dispuesto de una golosina-juguete de este tipo fabuloso. Me parece que demoré poco más de dos años en comérmelo con la voraz

complicidad de mis amigos, todos de glotón buen diente en estos menesteres.

Luego se enfermó el padrino. Pero enfermo y todo no se olvidó nunca de su ahijado cuando llegó mi cumpleaños. Me envió entonces a Iquique un regalo que a todos mis parientes les pareció extraño o fuera de lugar, pero que a mí me aprisionó en su vivo sortilegio. Se trataba de una preciosa Rosa de los Vientos, una joya náutica de otra edad, tal vez utilizada en una ocasión por los héroes o piratas del antiguo romance. Yo me enamoré de ella, y lo cierto es que hubo mucho de locura en mi pasión de niño. Fue por causa de la rosa de los vientos que escapé de mi casa por primera vez. Tenía apenas seis años mal cumplidos cuando realicé la hazaña y, fue entonces, me parece, cuando perdí el maravilloso paraíso de la infancia. Ya no era un niño cuando me encontraron esa misma noche, en el mar, dentro de un bote, donde me iba rumbo a cualquier parte.

He seguido escapándome después, a cada instante, siempre con la hechizada rosa de los vientos del padrino que conservo todavía. Después de todo ¡qué diablos!, supongo que ese es el riesgo establecido en mi contrato humano. Por eso entonces, lo mismo que el hijo pródigo, siempre he preferido la aventura que espera en los caminos y la libre vida de los libres vagabundos. Todavía estoy en ello, ahora que ya me ofrezco demasiado viejo. Aun me escapo cada vez que puedo. Acaso lo hago --como lo imagino a ratos-- en el vano intento, destrozado, de hallar de nuevo el paraíso perdido.

**“ERCILLA” ESTUVO EN EL SEGURO EL DIA TRÁGICO:
ENTRE LAS BALAS ENTREVISTÓ A MAGASISH Y
ASISTIÓ A LA
MASACRE DE LOS RENDIDOS**

5 de Septiembre de 1938, 1 de la tarde. Frente al edificio del Seguro Obrero, en la Plaza Constitución, una compacta muchedumbre mira hacia lo alto. Hay nubecillas de humo y luego el tono seco de los disparos. Zumban los camiones que transportan tropas: Carabineros del Grupo de Emergencia y del 5to Regimiento. Actúan nerviosamente los fotógrafos. Los repórters andan pisándole los talones al general Arriagada, Director de Carabineros. Ahora sale de la Intendencia. Va hacia La Moneda.

“¿Qué pasa General?”. El General tiene los ojos duros y la respuesta igual. “Nada. Un grupo de bandidos. A éstos se les trata así”. Y se detiene en su marcha de rápidos pasos. Arranca de manos de un soldado un fusil ametralladora. Apunta. Corre el alza. Gatillea. La cinta metálica portadora de las balas tartamudea la muerte: Taf, taf, taf, taf. El general sonríe, satisfecho. “Le dí -dice-. Ya hay uno de menos”.

ENTRAMOS AL SEGURO

1 y 5 de la tarde. Con pies de relámpago, la realidad de la noticia ha circulado por toda la ciudad. Los atrincherados en el seguro no son bandidos como lo afirmara enfáticamente el general de Carabineros. Son los muchachos del Movimiento Nacional Socialista. Obreros. Empleados. Estudiantes. También los hay en la Universidad de Chile. Se han levantado en armas contra el gobierno antipopular. Disponen de armas viejas y de corazón. Combaten a la antigua. Derrochando

municiones por las ventanas y palabras por los altoparlantes.

Con una gran bocina entre sus manos, un muchacho se asoma en el noveno piso. Es rubio. Tendrá 20 años. Se ve un parche de distinto color sobre las mangas arremangadas de su abrigo de estudiante o de obrero. Las balas se estrellan junto a él. Salta hecho pedazos el cristal de una ventana cercana. El muchacho sonríe. Grita a través de la bocina: “Viva el pueblo; abajo Alessandri! Zumban como avispa los disparos. Las balas sincronizan su gestos románticos y heroicos. La rubia cabeza desaparece.

1 y 10. Desde lo alto del seguro ha caído un petardo en el costado de la Moneda. La mecha demora dos segundos en consumirse. La explosión rompe uno de los amplios ventanales que miran hacia la Prefectura General. Es la ocasión esperada por nosotros. Corremos pegados a las murallas. Llegamos a la ventana rota. Saltamos. Caímos sobre una máquina de escribir. Julio Lanzarotti, mi compañero, destroza además los alambres de un teléfono. Pero es lo de menos. Ercilla ya está dentro del Seguro.

CON MAGASICH

1 y 20 de la tarde. Desde hace cinco minutos la tropa de Carabineros ha invadido la parte baja del edificio.

Dominan hasta el tercer piso. Tratan ahora de conquistar el cuarto. Los balazos de pistola, los tiros de carabina, retumban en los pasillos y en las escalas. Como cañonazos. ¡Bumm! ¡BMU! Somos los únicos periodistas que estamos en el interior. Nos han confundido con agentes de la sección de seguridad. Nadie nos molesta. Un oficial nos dice: “Tenemos para largo”. En esos instantes, acompañados de personal del Grupo de Emergencia, llega Enrique Guzmán Araya, “el gordo Guzmán”. es también periodista y de los buenos. Trabaja en Las Últimas Noticias. Se apodera de un teléfono y comienza a transmitir detalles. Suda copiosamente mientras habla. Toda su vida la entregó Guzmán al periodismo. (Así, detrás de una noticia, lo encontró la muerte hace algunos meses, en el Norte).

1 y 30. Llegan oficiales nerviosos con órdenes nerviosas. Hay confusión y movimiento. Nadie se da cuenta de nosotros. Subimos las escalas. En el tercer piso, un cabo nos dice: “Cuidado. Hay peligro”. Pero ya estamos en el cuarto, en el quinto y en el sexto. Allí nos detienen. Es la vanguardia de los sublevados. Tres muchachos. 20, 25 y 22 años. Dos pistolas “Mauser” y un viejo “Smith y Wesson”, falsificado. Seis ojos resueltos. Nos dicen: “¿Y Uds.?”. Respondemos: “Periodistas. Ercilla. Estamos aquí desde hace 20 minutos. Quisiéramos hablar con alguien”. Hay un momento de vacilación. Sacamos nuestros carnet’s. Quedamos bajo la custodia de dos de ellos. El tercero trepa por las escaleras. Regresa al instante. Vuelve acompañado del Doctor Marcos Magasish, Jefe del

Policlínico del Movimiento Nacional Socialista. La culata de la Colt sobresale de su bolsillo derecho. Un aparato bélico que contrasta con su rostro bondadoso y espiritual.

UNA ENTREVISTA SENSACIONAL

No hay tiempo que perder, las balas atraviesan los huecos de todas las escalas. Desde abajo llega el ruido pesado de las botas militares. Ha llegado más tropa. Un vigías dice: “Han instalado una ametralladora en el tercero. Van a abrir fuego”. Magasish sonríe. “Por aquí” -dice-. Y nos conduce a una oficina contigua”.

Conversamos nerviosamente. Magasish nos afirma: “Yo no puedo responder por ustedes. Bajen luego. Todavía hay tiempo. Después será tarde”. Respondemos. “Pero algo diga algo”. Nos dice: “Podemos triunfar o ser derrotados. Fríamente lo uno o lo otro no nos importa ya. Lo que nos interesa es afianzar el ejemplo que damos al pueblo de Chile. Moriremos, es seguro. Pero cada uno de nosotros vino aquí dispuesto a dar la vida. Después de nosotros la dictadura oligarca no podrá durar mucho en Chile. Uds. lo verán”. Algo se anuda en nuestra garganta. Casi le gritamos: “Ud. también Magasish. Ustedes también”. El vuelve a sonreír con la mirada lejana. Nos dice: “Ya, ya. Váyanse. El combate puede empezar ahora. Adiós. Digan afuera que cumpliremos con nuestro deber de chilenos”.

Nos vamos. En el tercer piso nos confundimos con agentes, carabineros, oficiales, empleados y empleadas

del Seguro. Un teniente nos interroga; “¿Y Uds.?” Contestamos. “Periodistas”. En la nerviosidad del primer momento, sólo atina a decir. “Bajen, bajen luego. Desde ahora nadie podrá subir”.

LOS DE LA UNIVERSIDAD

4 de la tarde. Estamos de nuevo en el primer piso. El Coronel Gordon de carabineros nos ha situado en una de las oficinas que dan al Hall del seguro. Allí también se encuentra el personal de la Caja. Los hombres están tranquilos. Las mujeres nerviosas. Algunas lloran. Ninguno ha almorzado. Alguien saca el milagro de un pan. Se reparte en pequeños trozos. Entra el Coronel Gordon. Dice: “Ya se rindieron los de la Universidad”.

4 y 15. Desde las ventanas se ve el desfile de los rendidos en la universidad. Pasan lentamente con los brazos en alto por calle Morandé. Se pierden. Pero luego regresan. Están ahora frente a nuestras ventanas, heridos algunos, con los brazos en alto, todos en medio de la tropa hosca y enemiga. Las puertas del Seguro se abren. Vemos primero un muchacho rubio. Alto. Con un largo abrigo negro. Tiene la cara encendida y sus ojos azules. Le brillan en su rostro de niño. Se llama Antonio Yuri. Tiene 19 años. Estudia Leyes. Le siguen César Parada, Félix Maragaño, Francisco Maldonado y los otros. La larga caravana de los rendidos se forma en fila de cuatro en el hall. Están tranquilos. Serenos. De pronto una mancha estalla en el ojo izquierdo de Yuri. Es negra, roja y violeta. Lo acaban de golpear con la culata de una

pistola. Yuri tambalea. Pero no cae. Ni da un grito. Nada. Los otros también son golpeados. Nadie se queja. La escena queda firme en el recuerdo de nuestros ojos asombrados. Con una añoranza particular. La de Maldonado que fue nuestro compañero en la Escuela Naval. Maldonado en mangas de camisa y con sweater. Maldonado con sus cabellos correctamente peinados hacia atrás, con gomina y una raya al medio que acaba de recibir una cortadura en pleno rostro.

LA MATANZA

4.20 de la tarde. El Coronel Gordon da una orden seca: “Que salgan los empleados de la Caja”. El personal del Seguro se forma en una oficina. Se hace una lista. Un teniente nombra el primer apellido y el interesado canta el materno. Sale a la calle. En 10 minutos más no quedarán en el edificio sino los rendidos, la tropa y nosotros ocultos cerca del ascensor.

Otra orden. En filas de a dos, siempre con los brazos en alto, la caravana de los rendidos comienza a subir las escaleras. Desaparecen. Detrás, con las carabinas listas, la tropa. En esos instantes -4.30 de la tarde- llega el Teniente Drewes Robertson. Trae órdenes del General Arriagada. Se las comunica en voz baja al Coronel Pezoa -gordo y algo rechoncho-, que aguarda sentado en el hall. El coronel se incorpora como dudando. Encoge los hombros. Conversa con otros jefes. Luego un sargento sube rápido a las pisos superiores. Más tarde los harán los otros oficiales que aun permanecen en el hall.

4.35.¿Que pasa?. Llega el eco de los disparos. Aislados. En detonaciones corridas de cuatro y cinco. Luego, silencio, y otra vez disparos. Parece que balearan en pisos o en piezas separadas. Tac, tac, tac, tac. A veces, algunos gritos, algunos gemidos, confusos, como las palabras de un extraño y espantoso idioma. Quedamos alejados en nuestro escondite. “Los matan. Los están matando”. Hay una pausa en los disparos. Un silencio pesado que oprime. Aventuramos una salida. Un sargento viene bajando. Tiene la guerrera desabrochada, sucia de sangre. Está sin gorra. Nos divisa. En dos saltos esta con nosotros, la carabina firme en sus manos, apuntando nuestros vientres. Grita: “Quietos. ¿Y Uds.?”’. Gritamos también: “Periodistas”. Responde: “Manos arriba y andando”. Así llegamos a presencia del Coronel Pezoa. Nos pide nuestros carnet’s. Los entregamos. Sonríe bonachonamente, al decir: “Ahora Uds. ya no son periodistas”. Y luego: “¡Sargento! Conduzca a los señores con cuatro carabineros a la Sección de Investigaciones. Si allá comprueban que son periodistas, saldrán en libertad”.

Salimos. Llega otra vez el eco seco de los disparos y el tumulto de los gritos. Ya en la calle, pensamos con una vaga noción de vida -aire, luz, calor, libertad- en los que llegaron vivos al seguro, con sus manos en alto: en los que estaban vivos arriba con sus armas viejas; en todos aquellos que esa misma madrugada, sangrientos, destrozados, mutilados, desnudos, estarían esperándonos en la Morgue.

Revista Ercilla, 6 de septiembre de 1939.

TODOS ESTABAN ARMADOS: LA
POLICIA RECOGIO UN VERDADERO
ARSENAL DEL DELITO

**“EI NEGRO CAFIOLO”, AS DEL MALEVAJE, FUE
DETENIDO CUANDO BAILABA UN TANGO EN "EL
ROSEDAL": TENIA UN SABLE OCULTO**

“LA CUMPARSITA...”.

Los sones del tango DIORO colocaron parejas de desmayados gestos sensuales sobre la pista del Rosedal. comenzaba la alegre anochecida del sábado entre los altos jarrones de vino y los besos furtivos. Un gentil caballero demostró una espalda con bisagras al doblarse en dos para invitar a una chiquilla:

–¿Bailamos este tango, señorita? Desde que la vi comprendí que usted era la dama de mis fruncimientos...

La muchacha sonrió halagada. Aceptó. Se entregó a las vueltas de la danza. Bailaba bien su pareja. Bordaba arabescos con la punta y el taco. Realizaba unas caídas más “canyengues” que el barrio de La Boca. Le preguntó interesada:

–¿Dónde aprendió a bailar tan bien?

El sonrió con varonil suficiencia:

–En Buenos Aires. Fui por un viaje de negocios...con qué ganas me la llevaría a usted.

Comenzó la "Guerra de Nervios" contra el Hampa: la
Ofensiva se dio el sábado

**101 COGOTEROS DETENIDOS EN UNA
SOLA NOCHE, ALIVIAN A SANTIAGO**

Y ERA EL NEGRO CAFIOLO

Pero en esos precisos instantes, unas extrañas visitas llegaron a la quinta. Pasearon a través de las mesas sin sacarse los sombreros, las manos derechas sumidas en el

misterio de los vestones. Un rumor estremeció a ciertos clientes:

–¡Los TIRAS! ¡Llegaron los TIRAS!

Era cierto. Se trataba de la ronda de Investigaciones. Del grupo de detectives partió, de repente, una exclamación:

–¡Mírenlo! ¡Si es el Negro Cafiolo!

El caballero que respondía tan distinguido apodo era el eximio bailarín que aprendió el tango en Buenos Aires. Lucía también otras condiciones: es COGOTERO, cuchillero, ladrón, asaltante, monrero, lanza, y otras altas castas del delito. Mostró un sorprendido rostro cuando apareció la policía. Y dijo:

–Si ahora no TENGO NA. Ya estoy retorcido y limpio de las pistas.

Pero, “por siaca” se le puso manos arriba y se procedió a realizar con él un conspicuo y distinguido allanamiento. Así surgió un espantable estoque de 100 centímetros de acero. El “Negro Cafiolo” lo llevaba pegado junto a su pierna izquierda, entre el pantalón y el calzoncillo. Su PRENDA gritó indignada: –¡Lo que le pasa a una! ¡Y yo que lo creía un caballero! Si ni se le notaba el sable que llevaba el sinvergüenza...

Resignado, con una agobiada cabeza gacha, el “sin vergüenza” fue conducido a los calabozos de Investigaciones. Allí lo aguardaba una alegre sorpresa:

–¡Qué hubo, niños!, fueron las palabras que pronunció al pasar las rejas.

Porque había 100 hampones detenidos esa noche. “El Negro Cafiolo” hacia el 101.

La cifra resume la labor de Investigaciones. Fue una de las etapas de la “Guerra de Nervios” declarada por el Prefecto, Tulio Aguilera, al hampa de Santiago. Todos los días y todas las noches se hará lo mismo.

**UN GLORIOSO SABLE UTILIZADO EN LA
CAMPAÑA DEL '79 SERVIA DE FUNESTA ARMA
A PELIGROSO HAMPON MAPOCHINO**

La argucia de los maleantes ha llegado a la adopción de ingeniosas armas para utilizarlas en sus continuos golpes. En las últimas de las enérgicas batidas realizadas por gente del Prefecto Aguilera en este último fin de semana, se encontraron en poder de numerosos hampones las más variadas formas de armamentos.

Fueron 101 individuos. Entre ellos los había de todas las especialidades: cogoterros, monreros, pelusas, rateros, en fin, de toda la fauna delictual.

Una de las armas encontradas en poder de uno de estos era una plana de esas que utilizan para alisar la pared de cemento, que se llaman comúnmente espátulas. Esta había sido agusada de tal manera que fácilmente puede ser utilizada para despresar a un toro. Otro tenía una hoja de tijeras para cortar pasto. Larga y afilada como para liquidar a quien se atreva a oponer resistencia. Otro tenía una hoja de un glorioso sable que había sido utilizado en la campaña del '79 y que la familia lo guardaba como reliquia. El biznieto, muy hampón, lo había convertido en una arma segura para doblar a sus víctimas en despoblado en sus cogoteos nocturnos.

Había en el arsenal de armamentos las más variadas herramientas de carpintería, convertidas en afiladas hojas. Un serrucho para cortar madera fina, había servido para atemorizar a no menos de 30 “giles” -como se les llama en la jerga delictiva- a las víctimas. Un destornillador, largo y aguzado, había servido para abrir las puertas de las más variadas chapas. gubias, en fin, de un cuanto hay en materia de herramientas transformadas en peligrosas armas

**EL “BAILARIN PIRATA” BAILO A PUÑETES CUANDO
PRESENTO PELEA A LA RONDA DE INVESTIGACIONES**

Fue el único “guapo” que se opuso a la batida policial

Todos los “bravos” del hampa fueron “mansos” durante la batida que Investigaciones inició el sábado y prolongó el domingo. Pero como toda regla tiene su excepción, la dio “El Bailarín Pirata”, el más “toruno” de todos los que operan por San Miguel abajo.

“El Bailarín Pirata” presentó pelea, y de las bravas. Luchaba por su prestigio de guapo. Lo anunció a gritos, ante la asombrada muchedumbre de su barrio que presenció el combate:

–¡Yo soy el Bailarín Pirata! ¡Yo no tengo las manos empeñadas!. ¡Yo peleo!

Los detectives aceptaron su gentil invitación. “El Bailarín Pirata” bailó a puñetes. Cuando al fin fue dominado, fue necesario guiarlo de la mano al Cuartel de General Mackenna. No podía ver. Tenía tapados los dos ojos. Desaparecían bajo ciertos misteriosos hinchazones de un perfecto color obispo: morado.

-----Por: **El Repórter N°13**-----

12 de Marzo de
1941, Las Noticias Gráficas.

A Marcelino Marambio le pegaron con firmeza y con perrera en el bar “Nunca se Supo”, de Valparaíso, en El Almendral. La verdad es que él no sabe todavía cómo el iracundo Don Armando Rosca se puso a beber con él, mano a mano, hasta que se armó la gresca en cuya Lotería de puñetes y de tajos, Marcelino sacó todos los números premiados. El boliche responde con airada exactitud al nombre que posee. Naturalmente, no es el único “Nunca se Supo” que existe en Chile. Hay versiones gemelas en cada pueblo. Todas exigen --lo mismo como suele ocurrir en la porteña-- el pulso firme y los ojos muy abiertos para defender el cuero. El que pestañea, pierde. Pero hay bautizos más curiosos todavía en esta vehemente geografía bebestible del país. La botillería que Alfredo Lieux, el director de radio, tiene en la bastante pecadora calle Eyzaguirre, luce un título preciso sobre las sedientas puertas: “El Cuerpo Malo”. Donde comienza Tropezón, frente a la Punta de Diamante, se abre un bar ufano de llamarse “La Tranquilidad”. Debe serlo ahora. Pero en mis tiempos sacaban de allí a los fulanos, con las piernas para adelante y anchos ríos rojos sobre el pecho o el vientre. No se molestaban siquiera en llamar a la Asistencia. Simplemente lanzaban los cuerpos a la calle. Y no por ello, la euforia de peligrosos escándalos nocturnos se detenía en el boliche. Seguía no más, dándole que suene, contraviniendo las tranquilas comodidades del apelativo.

Lo mismo ocurría en aquel otro bar extravagante que se montó en el Matadero, sobre Chiloé. Se llamaba “La Armonía”. Lo era durante cinco días de la semana. Pero las cosas cambiaban de sábado a domingo. Entonces La Armonía se desarmonizaba con puñetes y puñaladas al por mayor. La dotación de la Catorce Comisaría que vigila en el sector, ya se sabía de memoria la tarea.

LOS BOLICHES Y LOS NOMBRES

No había para qué preguntar nada. Sólo bastaba con que los robustos carabineros de turno se fuesen como en romería hasta el boliche. Nunca salieron solos. Siempre arreaban hasta el cuartel algún grupo tambaleante y agresivo, llevado codo a codo para aquietar los bríos en las manos pegadoras.

Largamente conocí estos sitios. En Hornillas abajo, cerca del Hipódromo, estaba "El Barril Encantado". Su nombre poético contrastaba violentamente con la muerte que lo visitaba de continuo. La primera vez que estuve allí, un fulano se desangraba en el suelo dos mesas más allá de la mía. Nadie le hacía caso. La policía no llegaba todavía, si es que la habían llamado. Ante mi asombro adolescente, la zalagarda proseguía como si tal cosa.

Vi cosas parecidas en el "Sí, sí, mi Nena"; en el "Se va la Lancha"; en "El Cocodrilo" --de la Estación Central--; y en el "Como nos Cambia la Vida", que esta en Pueblo Hundido. Pero la experiencia más extraña de todas me sucedió en otro "Nunca se Supo", en Diez de Julio, por las cercanías de su Barrio Chino, casi tocándole los lomos de adobe a una famosa casa de remolienda conocida como "Las Siete Puertas", porque las tenía. Fue allí donde debuté como reportero.

Fue el Negro Washington Alarcón, telefonista nocturno de la Prefectura General de Carabineros, quien me abrió el camino. Yo acababa de ingresar al oficio. Pero aun no hacía nada por mi cuenta. Cada vez que salía, iba bajo el timón de Luis Enrique Délano, que fue quien me enseñó a tranquear por las noticias. Pero esa noche, en el diario, yo recibí el llamado del Negro Alarcón:

--"Hay un boche así de grande en el "Nunca se Supo", de Diez de Julio --me dijo--. Parece que mataron a uno. Usted es el primero que los sabe cabrito...".

Acudí con una vanidosa ambición en los ojos y en la voz, a consultar al Jefe de Informaciones, el Cabezón Muñoz. No estaba Délano. ¿Podría ir yo, y solo? El Cabezón asintió: "Vaya a ver qué pasa". Y fui.

Cuando llegué, lo hice junto a la Asistencia y los Carabineros. Se estaban llevando a la víctima, encharcada en sangre. Pero yo no podía soportar que se llevasen también a "Mi" noticia. Atropellé entonces a todos, para preguntarle al agonizante casi a gritos:

--¿Quién te mató? Dime...¿quién te mató...?

Con algo como una neblina que caía sobre sus ojos, velándose los, el hombre sonrió ante mi absurda conducta:

--¡Nunca se supo! --fue su respuesta.

**TRES CRISTALES PARA
MIRAR LA FANTASIA Y REALIDAD
DEL DELITO**

I. EN ESTE PARADERO ME BAJO

EL MUCHACHO tenía los ojos resueltos y duros, las manos pequeñas y crueles, la boca golosa, ancha, de gruesos labios sensuales. Era un pelusa moreno, insolente y pendenciero, tan alto como ancho, casi cuadrado, que venía de los Puentes del Mapocho, de las esquinas perdidas, de los barrios leprosos, con olor a miseria y a sudor, tieso de mechas y alto de cruz como él sólo, tostado en la pelea en plena edad de los juegos, enrolándose, niño aun, en la vorágine desesperada de los dos venenos gratos al corazón del hombre: el vino y las mujeres.

No levantaba ni así tanto del suelo cuando ya bebía acodado sobre el sucio mesón de los boliches del suburbio, con el empaque de un veterano en borracherías, o se gastaba los misteriosos pesos que obtenía a través de las noches aventureras de caramba y zamba, las más bravas de la fauna santiaguina, donde repartían, por igual entre las cuecas, besos y puñaladas. De allí sacó una amante. Una chiquilla como él, casi una niña, de grandes ojos asombrados y una ajada sonrisa viciosa. Se llamaba Berta, Berta la Coja.

Cierta prolongada borrachera le puso los pies blandos, una niebla en las pupilas doradas y el tranco en zig-zag. Con todo esto fue a parar bajo las ruedas de un tranvía. Para otra cualquiera habría significado el fin de su carrera de Ninfa alegre a pesar de ella. Pero Berta la Coja era de otra madera. De una sola hebra, como decía ella. y con su pata mala al aire, bailando sobre la muleta, surgía en las esquinas del escándalo, por San

Diego y por San Pablo, como una extraña enloquecida al acecho del amor que pasa.

Formaban una curiosa y agresiva pareja. Ella adelante y él detrás. La sufrieron --es la verdadera expresión-- los alegres caballeros que caminan abrazándose a los faroles, con un vino pasional que los hace soñar con la aventura besadora que hasta entonces sólo conocieron en las novelas y en el cine. De improviso, a través de la noche, surgía la sonrisa roja de Berta, prometiéndoles y mostrándoles el verdadero Paraíso Terrenal. Jamás, sin embargo, llegaron a conocerlo. De ello se encargaban las manos de su hombre, derechas y hechas para el tajo. Las Comisarías se acostumbraron y cansaron con el contemplamiento de una larga caravana de despojados en plena calle, que llegaba en calzoncillos o sin ellos, a presentar su reclamo ante los soñolientos Oficiales de Guardia.

Hubo, después, otros golpes de mayor audacia y un par de cuerpos quedó en la calle, en la grotesca actitud en que los sorprendió la muerte, desangrándose por las anchas puñaladas. La sospecha policial cayó sobre el galán de Berta la Coja. Se sabía su afición por el trago y el comisario que se lo llevó codo a codo hacia el cuartel, se sobó las manos con anticipado júbilo. “Este va a ser fácil. Se va a ir solito de lengua...”. Y apostó su sueldo a que le arrancaba la confesión del crimen sin apelar a ningún método violento.

Lo interrogó ceñido a una estrategia intelectual. Le ofreció cigarrillos, le prodigó palabras amables, sonrisas amigas, terminó tentándolo:

--“¿Te tomarías un tinto?”.

El pequeño hampón sonrió con una mueca feliz: “Con su amigo...”.

Las botellas comenzaron a desfilar. Una, dos, tres, hasta enterar la docena, sin que se alterase la charla, ni el hombre se decidiese a decir: “Yo fui...”.

El jefe policial ya tenía los ojos turbios, la lengua de trapo y una enconada rabia en el alma, cuando apeló a un último y supremo recurso: “¿Otra botella más?”. La respuesta lo despejó inmediatamente: “¿Sabe que más, mi Comisario? En este paradero me bajo. Doce botellas forman mi dosis. Con otra más me curo...”.

II. LA LOCA MARIÓN

LE DECIAN “La Loca Marión” y era una mujer alta, una hembra maciza y bravía como las de otra edad, una buena compañera para los tiempos de Doña Catalina, la de Erauzo, la Monja que fue Alférez. Tenía los ojos de brasa, los labios en perpetua oferta, una redonda y opulenta geografía, hecha de valles y montañas, le estallaba en el pecho feliz, y era dueña de la fiesta placentera de unas piernas como hacha, que le habrían dado envidia a Marlene Dietrich o a la Mistinguette, en los días ya lejanos, en los días irremediamente viejos, en que se enamoró y conquistó con ellos el cariño fugaz de Chevalier. También, junto a su ceja izquierda, como besando sus pupilas, burlando al tiempo y su marca en forma de pata de gallo, la “Loca” tenía una cicatriz.

Con todo esto, las piernas, la perfecta, redonda y sensual del tórax jocundo, los labios besadores, la cicatriz para el misterio de las palabras más íntimas, la “Loca Marión” surgía a través de la antigua noche de Santiago, asomada a las esquinas y a su perenne escándalo, a veces vestida con pieles y largos trajes, y a veces también con harapos, sonriéndole al transeúnte y

llevándose siempre, fatalmente siempre, como engarfiado en la tibia emoción de su sonrisa de vieja y sabia gozadora.

Eran sus amigos los poetas que tranqueaban en busca de la madrugada y de su pretexto para beber un trago más a unas cuantas palabras amables; los ladrones emboscados en todas las aceras, ciertos policías y algunos pijes con el orgullo de la primera llave para salir de noche. La “Loca Marión” les entregaba su afecto, a veces su dinero, y muy de raro en raro su verdadero amor. ¿Por qué? Cierta amanecer ella me lo dijo: “Por eso me dicen La Loca, pus tonto: Porque me voy con quien quiero...”

Era, nada más, que la simple verdad. Yo la vi una noche irse del brazo con un hermoso atorrante, un vagabundo destrozado por todos los caminos, una suerte de bello rey desarrapado, oloroso a vino y a mugre en toda su persona perfectamente divorciada del agua y del jabón, despreciando los billetes de un marinero inglés que asaltaba a Santiago, al abordaje, con el ímpetu sexual de los navegantes que pisan tierra firme después de una larga jornada pasada en el mar, para aprender desde el amor y las botellas, que el mundo es redondo y se mueve.

Esa misma cicatriz que le alumbraba el rostro, la conquistó la “Loca Marión” con su guapeza pasional que tenía la misma marca triunfal de una Quintrala sin fortuna. La logró en cierta airada noche en que la gorda y prepotente dueña del boliche remolador donde trabajaba bailando, sonriéndose, entregándose, quiso imponerle un cliente. El más adinerado. Pero ella ya había preferido al hampón astroso que vendía tortillas y huevos duros en la esquina de los Callejones. La desobediencia le injurió las mejillas con una línea de sangre. Pero así, herida, furiosa, desmelenada, bella como la guerra y el

pecado, fue a buscar a quien era, en ese instante, mucho más que “su” simple hombre.

III ASI ERA “EL SUAVE”

TAMBIEN conocí a otro ladrón Cara de Frutilla... Si aquel parecía Obispo, éste le llegaba apenas y muy a los talones a un simple Sacristán. Era un hombrecillo menudo, de ojos hipócritas, humildes, siempre con miedo, de pecho enclenque, roto por una tos donde ya se anunciaba la tuberculosis, algo giboso. Toda su vida residía en sus manos. Eran duras, casi cuadradas, de largos dedos blancos, definitivamente crueles. Con ellas, una vez, dio de puñaladas a un mocosito que se le erigió como escollo en el camino de su huida. Pero esto, ya, es otra historia.

Le decían “El Suave” y no conozco, bajo mi palabra, otro apodo mejor puesto. Aquel hombrecillo de pupilas en perpetua zozobra producía una extraña impresión de asco.

Recordaba a esa suerte de enconado peligro que se oculta en las cosas blandas. El gato también camina sobre algodones antes de dar el zarpazo. Lo mismo hacia “El suave” cuando le era necesario abrirse sangrientas rutas hacia su libertad de constante perseguido. Cinco hombres tenía al espinazo, madrugados a la mala, sin darle tiempo al otro para defender el cuero. Bastaba ver su rostro para comprenderlo. “El Suave” mataba por miedo. Carecía de esa absoluta gentileza generosa que sólo es patrimonio de los auténticos guapos. Era el suyo el miedo de los cobardes, el miedo que impulsa a la fuga, el miedo que hace arrancar hacia atrás. No el miedo de los valientes que se lleva a los hombres por delante, atropellando todo.

Su “gracia” era el robo en las iglesias. En la quietud de los templos, olorosos a incienso, “El Suave” parecía desaparecer, formar parte de las propias naves, incorporarse a los altares, mezclarse entre los Santos, confundirse con las figuras que rezan de hinojos en los altos vitreaux labrados a fuego. Nadie se fijaba en él. Era precisamente lo que le interesaba a “El suave”. Impalpable, casi convertido en un fantasma familiar, se movía junto a las gordas alcancías de los templos. Parecía tener un radar especial para determinar, sólo mirándolas, cuál era la más repleta. Frente a ella, entonces, se detenía. No se molestaba en rezar, en ocultarse, en nada que no fuese su propio afán del robo. Elegía siempre los momentos en que elevan la hostia o los recodos más notables de la prédica que caía desde el púlpito sobre la humillada Grey.

Entonces actuaba. Lo hacía de una forma simple. Se limitaba a sumir en la rendija, de esas que se hacían con barbas de ballena para los románticos Corsets que iluminaron el 900 con las cinturas de avispa, bien untada con pez Castilla. Regresaba a sus manos con pesos y billetes y algún cheque. Sin una sonrisa en su rostro en sombras. “El Suave” iba en busca de otra alcancía. Sólo abandonaba el templo cuando las visitaba todas.

Actuó con impune suerte feliz durante largos años. Pero una vez, para Semana Santa, en la Catedral, su audacia dio un tropezón y se cayó de bruces. Estremecida de misticismo, una verdadera muchedumbre se apretujó en la iglesia para escuchar el Sermón de las Tres Horas. En los ojos huidizos de “El Suave” brilló una luz de contenido júbilo. Ahora sí que sería fácil desvalijar las alcancías. Pero junto con sumergir sin ningún miedo a los infiernos su acostumbraba barba en la primera, una extraña voz sonó en la entrada:

--“¡Viva el Diablo...!”. La pronunciaba un tambaleante poeta: Alberto Rojas Jiménez, que surgía del verdadero infierno de su dramática borrachera sin tregua y sin piedad. “¡Viva el diablo...!” La multitud se volvió como zamarreada por la presencia del Angel Malo, sacudida por el hábito que venía de otros tiempos, llenos de herrumbre y de candor. Mil pares de ojos cayeron entonces sobre el ladrón, una absurda figura con una varilla llena de billetes en las manos. Entonces un nuevo grito pagano escandalizó a la vieja iglesia que fundara el otro don Pedro: “¡al Ladrón!”

ALGO BRILLO, entonces, en los dedos de “El Suave”. La quisca. Con ella quiso abrirse camino hacia la calle y hubo un instante en que casi lo logró, dibujándose una ruta sangrienta por entre los recatados pechos femeninos y los oscuros trajes de los hombres. Pero sólo fue un relámpago. Una cohorte de furiosas beatas cayó sobre él. Demostraron que no les molestaban para nada los escapularios ni las largas polleras que velaban las piernas, para dar rasguñones y mordiscos. Porque así, mordiendo y rasguñando y mordido y rasguñado, entregaron a “El Suave” en manos de los robustos Carabineros de la Primera Comisaría. Y como el ladrón, a pesar de todo, era humorista, contestó, cuando el Oficial de Guardia le preguntó su nombre: “San Lázaro, señor...”.

EN LOS TIEMPOS DEL ABUELO

--Entonces existía en los predios feudales de Chile el extraño oficio del ‘Amero’.

--Así llamaban al semental tarifado dedicado a producir amas de cría en serie.

AUN VEO A MI ABUELO Pedro Pablo, alto, mostachudo y caballista, regresando de la muerte que se lo llevó cuando yo era muy niño todavía. Así esta, pues, el viejo abuelo agropecuario, de nuevo en el goce de su dominio feudalista, algo fabuloso, que comenzaba en Talagante y llegaba hasta el mar, finando en lo que es ahora Tejas Verdes, con la desembocadura del Maipo por el medio, detalle que le daba el nombre al gigantesco predio: la Hacienda La Boca. En este imperio rural, regida por la mano a medias o del todo bárbara del abuelo, el Rajadiablos de don Pedro Pablo, se daba los gustos que quería con las chinas de la hacienda, solteras, viudas o casadas, revolviéndola con el mujerío de su gleba, como un peuco entre gallinas y palomas. Su único rival en estos goces era ese guaina que llamaban el Amero, mentado por lo arrogante y lo farsante, siempre con lujos de patrón en sus galas de huaso, con sobrada vanidad de plata en la montura. Los dos simulaban iguales contemplados por la espalda, casi como mellizos, uno y otro con las mismas hechuras, misterioso detalle que le daba tema al chismorreo de las viejas a la hora del mate, insinuando la sospecha de que el Amero fuese un guacho de don Pedro Pablo, un descuido del patrón, luego consentido por el abuelo más, o menos a su lado, expresándole

una suerte de áspero cariño que ni siquiera se alteraba cuando lo agarraba a palos, cosa que no ocurría de raro en raro.

LOS DISTINTOS ARDORES

Una fundamental diferencia, sin embargo, separaba el parecido entre el abuelo y el Amero, al menos en sus tratos con las hembras que los dos sofaldaban sin inconvenientes. Don Pedro Pablo lo hacía porque lo quería, porque ese era su antojo, tal vez por el rudo placer de imponer su Derecho a Pernada, confesándose en más de una ocasión realmente enamorado de alguna de las chinas que habían recibido su empuje semental, sin que ninguna dejase de amarlo desde ese instante. Todas seguían considerándolo como un fantasma pasional, cuyo recuerdo, sin ninguna duda, les resultaba grato. Creo que lo mismo le ocurría al abuelo. Eso me explica su costumbre de ir a visitarlas, como un sultán a su serrallo, siempre llevándome en el borren de su silla para lucir mejor al nieto. Entonces cada vez que llegábamos donde las complacientes odaliscas, ya casi todas con maridos, resignados a olvidárselos, nunca faltaba la voz de la cantora que saludaba al abuelo con mucho guitarreo:

**‘‘Mi señor don Pedro Pablo
¡Sólo soy la promitente!
Su querida fulanita
Me ha pedido que le cante’’.**

La querida fulanita se comía con los ojos al patrón don Pedro Pablo, mientras el esposo tosía, haciéndose el leso, y el abuelo se atisaba el mostacho, exigiendo el trago del estribo para irse y salvar las apariencias.

EL TERRIBLE OFICIO

Esto no sucedía con el Amero por un motivo simple. Lo que el abuelo hacía por gusto, el Amero lo realizaba por obligación profesional. Ese era su oficio, el único trabajo que tenía en la hacienda, revolcándose en sábanas ajenas, y las propias, en una feroz imitación de amor. El Amero --y de ahí la razón de su apodo-- ‘‘fabricaba amas de cría’’. Todas las chinas juveniles de la hacienda querían serlo, tremendamente torturadas por un anhelo de terrible motivación social. Era, en esos días, el camino más viable a sus alcances para huir de la oscurantista miseria campesina y viajar a Santiago, a la siga de una suerte más feliz, ocupándose para alimentar hijos de extraños con la robusta leche de sus pechos huasos.

El Amero estaba para eso, siempre dispuesto a sacrificarse en la cama con la china que se lo requería, cobrando por su faena en dinero o en especies, como fuese el cariño o la voluntad de su clientela. El Amero preñaba a las huasitas del inquilinaje. A los nueve meses nacían los mocosos y las huasas se iban a Santiago, con sus senos desbordantes de dichosa leche, olvidando a sus críos guachos en los ranchos familiares, sin mayores preocupaciones. Lo cierto, después de todo, es que la mayoría de los tristes niños que engendraba el Amero se moría luego como el diablo. Por eso hasta la propias madres de las interesadas acudían donde el Amero, mendigándoles un petitório estremecido:

--Don amerito ¡hágale el favor a mi cabra, que no es ninguna pior-es-ná, yo se lo pagaré después, pa’la próxima cosecha’’.

LOS PUROS PALOS

El abuelo dejaba que el Amero hiciese sus favores como se le ocurriese, sin meterse en nada. Sólo en Semana Santa, pese a que se decía ateo, don Pedro Pablo imponía su férula de patrón implacable en estos menesteres del guaina que era su imagen, porque entonces se lo prohibía de laya irremisible:

--¡Nunca en Semana Santa demonio! ¿Me entiendes? Nunca en Semana Santa...

Pero el Amero desafiaba a veces al patrón y realizaba su función de semental en Semana Santa, y siempre, cuando lo hacía, don Pedro Pablo lo apaleaba con mano feroz, sin que el condenado le chistase siquiera, toreándole con una constante pregunta:

--Si usted nues' ni mi paire, no tiene derecho a pegarme: ¿porqué me pega entonces?

Don Pedro Pablo lo miraba con ojos aguados de ternura. Pero su mano seguía tan dura como antes en el apaleo:

--Te pego --contestaba-- porque quiero y puedo hacerlo.-

LA NOCHE EN QUE ME HICE VALIENTE

ESTE CASO del “Toto”, el matón baleado por su sobrino en sus propias canchas del barrio Matadero, configura un caso de fisonomía muy especial en el suceder popular criollo. Desde luego, el matón no es el guapo, aunque la gente se confunda más que muy a menudo con el diferente concepto de los dos terminachos. El matón es el ente de esquina y de cantina que matonea con todos los débiles que puede, haciendo siempre alarde de su fuerza física, con la daga al cinto y el bufoso pronto. El guapo, en cambio, es aquel que la guapea hasta con el Diablo, aunque sea menos fuerte que su rival, o no ande siquiera con un alfiler para defenderse. El matón es un fullero que matonea con ventajas tahúres en el juego. Se cuida muy celosamente de no correr ningún riesgo, cateando siempre la manera de cómo poder madrugar a su adversario. El guapo afronta todos los riesgos. Va a la pelea por el áspero gozo, casi, a medias o del todo bárbaro, pero

decisivamente varonil, de la pelea misma. No retrocede, incluso, cuando sabe que lleva las de perder. Lucha de frente, como el “Buin”. El matón no desdeña pegar por la espalda. Siempre esta hablando de sí mismo y siempre arrastra el poncho ante los demás. El guapo no lo hace nunca. Pero acepta cualquier lance, una vez que lo metieron en el baile. El matón es un cobarde disfrazado de valiente. El guapo es el coraje mismo, alumbrando como una lámpara en dos pies.

CONOZCO muy bien esta diferencia absoluta de pelajes en lobos que sólo simulan pertenecer a una misma camada. Mi noche adolescente, y más larga de mi juventud, fueron dueñas de una iconoclasta vehemencia aventurera que me llevó a estas cosas. Una de esas noches, muy cabro todavía, fue cuando me hice valiente. Un famoso matón de aquellos años, al que llamaban el “Che Jorge” –¡vaya uno a saber por qué diablos a casi todos los matones les argentinizan el nombre!–, fue quien me hizo debutar en esta clase de duros azares, donde los hombres prueban quién es menos. Bebiendo un vino muy borracho, un trago que se mareaba en los vasos patéticos que se toman al amanecer, me encontraba esa madrugada en el boliche de “La Pata”, un fijón inverosímil que entonces se abría en Eyzaguirre,

entre Arturo Prat y San Diego, en mucho contacto con el pecado y la violencia de la Plaza Almagro. Cuando ya llevaba mediada la botella, el “Ché Jorge” comenzó a torearne. Se apoyaba para hacerlo en su maligna de bravucón profesional. El mismo ya se había encargado de prodigarle a todos su historial sombrío de puñaladas y balazos. Se jactaba que tenía dos fulanos a la espalda. Como me veía aun muy niño, quería darse conmigo los enconados gozos de meterme cuco o hacerme arrancar. Pero no le di en el gusto. Lo cierto es que había cierta razón para que él me mostrase la sangre en el ojo. La culpa de todo la tenía mi propia cara de guagua. La mujer que acompañaba al “Che Jorge” se encandilaba cada vez que me miraba. Y yo también cuando la miraba a ella. Fue por eso, sin ninguna duda, que el matón me provocó, haciéndome arrastre, con todos los triunfos en la mano:

–Mocoso: si no tiene fierro, yo le presto...

¿Fue el trago? Acaso. El vino de “La Pata” era un veneno que soltaba los demonios. Pero de todos modos, escuchando al matón, se me encendió la sangre:

–Gracias –le contesté–. No lo necesito...

Y simultáneamente largué la zarpa sobre el mesón de “La Pata”, donde había una cuchilla chanchera, de este porte. Algo relumbró en mi puño, sobre el rostro del “Che Jorge”, mientras yo cargaba con el matón, haciéndolo retroceder hasta la calle en sombras. Allí el hombre se deshizo. Sólo le faltó pedirme excusas. Yo

estaba muy fieramente dispuesto a tirarme un par de saltos, pese a mi completa ignorancia esgrimista o mosquetera. Pero el “Che Jorge” sólo me mostró la espalda de la fuga, y buenas noches.

Volví entonces al boliche, todavía sin soltar lo que llevaba entre mis dedos. La risa colectiva de los borrachos y borrachas estalló en ese mismo instante. Lo que yo tenía en la mano no era una cuchilla. En la precipitación de mi mucha rabia, había cogido el inofensivo y largo cucharón con que revolvían el caldo de patas de amanecida que le daba su nombre al negocio. Con eso, con una cuchara, derroté al matón.

—¡Cabrito, cabrito! —lagrimeó la pintarrajeada mujeruca del “Che”, pegada a mis solapas, envolviéndome en una honda de perfumes baratos. Yo dejé que lo hiciera. Después de todo, la cosa tenía sus agrados.

**Es la Extensión Territorial del Nuevo Departamento Antártico:
UN MILLON 250 MIL KILOMETROS CUADRADOS TRAE
GABRIEL GONZALES DE REGALO A CHILE**

PULSO Y VIDA DE LA ANTARTICA

Las Noticias Gráficas se complace en presentar en estas columnas la más completa, integral y veraz biografía del País del Hielo, gracias a la amena y leída pluma de Raúl Morales Alvarez, subdirector, enviado especial a la Zona Austral, quien se dio el lujo de anotarse --él y LNG-- una serie de golpes periodísticos que harán época en la historia del diarismo chileno. RMA nos telegrafió el lunes 8 de febrero que Gabriel González Videla pasaría de largo frente a Punta Arenas, rumbo a la Antártica.

Nos desmintieron.

El martes 9 un nuevo telegrama de Raúl Morales Alvarez anunciaba: “Gabriel González embarcará en el ‘Pinto’; el ‘Rancagua’ ya llegó a Soberanía...”.

Nuevo desmentido.

Pero el jueves la Moneda confirmaba en todos sus detalles los despachos de nuestro subdirector, que volvía a golpear el miércoles, diciendo: “Hay Uranio en la Antártica”, lo que confirmaba el viernes 20, en una entrevista de la United Press, el Almirante Bird.

Como un homenaje al Primer Mandatario, cuyo gesto incorporó al Territorio Nacional un millón 250 mil kilómetros cuadrados, --alargó los límites de Chile hasta el Polo Sur, cumpliendo con los sueños visionarios de los Próceres--, LNG y Raúl Morales Alvarez (El Repórter N°13) publican ahora la mejor información sobre la Antártica.

147 MINERALES OCULTA SU VIENTRE BLANCO: SUS MARES SON PARAISO DE BALLENAS

“Tengo seis amigos que me contaron cuanto sé: sus nombres son qué y porqué, y cómo y cuándo y dónde y quién”.

ESTAS SON LAS TIERRAS DESOLADAS Y HEROICAS, la helada extensión del Continente Blanco, su loca geografía destrozada, que aguarda a los hombres de animoso corazón, capaces de conquistar su secreto de viejos milenios. Gabriel González Videla las contempló el mediodía del martes 17 de febrero, acoderado sobre las húmedas regatas del puente de mando del Transporte “Presidente Pinto”, después de ganar la carrera hacia la Antártica, que estremeció al mundo y tuvo a Chile, durante 56 horas, con el pulso en tensión.

Semejando un vidrio redondo y opaco, un sol muy pálido hacía reverberar los macizos nevados de Puerto Soberanía. El Presidente alzó la cabeza. Arriba soplaban los Veinte Bramadores, corriendo a 120 kilómetros por hora, haciendo flamear alegremente, al tope de mesana, en la claridad del Horizonte Blanco, el Pabellón Presidencial, desgarrado por las ásperas manos del temporal que sorprendió a la Escuadra, durante las 428 millas del Mar de Drake, cubiertas en 45 horas de constante pelea contra el viento y el agua.

“El Pinto” hizo cabecear su afilada roda sobre el encrespado vientre de las olas. Desplazándose hacia el noreste, pasaban los témpanos, moviéndose con la agilidad de silenciosos gigantes. El Presidente no los vio. Tampoco escuchó las recias y viriles voces de mando que pronunciaba, apenas a un paso suyo, el segundo de a

bordo, Capitán de Corbeta, Luis Berger Igualt, ordenando la maniobra marinera del anclaje:

--Fondo estribor...¡fondo! ... Fondo babor... ¡fondo!

OHIGGINS, PADRE NUESTRO

El estrépito de las anclas y cadenas pasando a través de los escoberes para ir a reposar en el fondo de la bahía, como quietos cetáceos sumergidos, pareció sacar de su ensimismamiento al Presidente de Chile. Un brusco gesto suyo hizo caer sobre los hombros la “capucha” de pesado camello navegante que lo abrigaba. Su cabeza quedó desnuda bajo una temperatura de 0 grado que volvió azules los dedos de los cadetes ya alineados en cubierta. Pero Gabriel González no sintió frío. Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo había, también, una nueva luz alumbrando sus pupilas. Volviéndose hacia la derecha, tropezó con un rostro emocionado. El del general Ramón Cañas Montalva. El Presidente le habló en voz queda:

--General, cuando cerré los ojos me pareció ver a O'Higgins. Cuando los abrí también estaba allí Don Bernardo...

La respuesta fue de seca elocuencia:

--A mí también, Presidente...

FRENTE Y PERFIL DEL SEXTO CONTINENTE

14 millones 500 mil kilómetros cuadrados --el doble de Australia,

la mitad de Africa-- se suman sobre la extensión del Continente Helado. Cuando a las 6.25 del martes 17, desde una de las barcasas de desembarco del Transporte "Pinto", GGV saltó sobre la nevada playa de Puerto Soberanía, las baterías de la nave saludaron con 21 salvas, horodando el estremecido crepúsculo polar, el gesto del Presidente que acababa de reivindicar ante el mundo los derechos de Chile sobre un millón 250 mil kilómetros cuadrados de superficie blanca, incorporando el nombre de Gabriel González al de los próceres que nos cautela el destino y su grandeza histórica con las propias palabras gallardas de nuestro lema magnífico: Por la Razón o la Fuerza...

Era el sueño que movió la inquietud patriótica de O'Higgins hasta que la muerte depositó sobre sus ojos toneladas de silencio y de tiempo. El mismo anhelo que guió la mano de Don Pedro Aguirre Cerda cuando el 06 de noviembre de 1940 puso su firma sobre el Decreto 1747 que fijó los límites de la Antártica Chilena, entre los meridianos 53° Longitud Oeste y 90° Longitud Oeste de Greenwich.

Ese sueño y ese anhelo acababan de cumplirse ahora, y cobraban la realidad de un mandato ejercido con la toma de posesión realizada por Gabriel González. Por eso había emoción en los ojos del Presidente cuando revistó los 11 hombres que con el Teniente Boris Kopeltic formaron el destacamento antártico que montó guardia junto a la bandera de la única estrella, en Puerto Soberanía, desde el 13 de febrero de 1947. No era el viento que formaba remolinos en la nieve y encrespaba las olas lo que humedecía las pupilas del Presidente. Apoyándose en los hombros del Almirante Torres Hevia, lo explicó:

--Don Pedro debe sentirse contento, Almirante...creo que los grandes

hombres, como él, no mueren. No pueden morir. Continúan persistiendo a través del cosmos...Allí debe estar ahora su sombra de prócer, sintiéndose feliz con el mismo júbilo que hoy nos embarga. ¿No lo cree Ud. así, Almirante?

La respuesta del marino tuvo el símbolo de un saludo militar: --Yo fui su edecán, Excelencia...a don Pedro tiene que gustarle verme aquí. Es como si le dijera ¡Presente! al Gran Desaparecido...

Por eso, también, más tarde, Gabriel González me decía a bordo del "Pinto", navegando las 80 millas que separan Puerto del Hambre de Punta Arenas:

--Cumplí con el mandato histórico de los próceres que nos dieron la chilenidad. Frente a las amenazas y acechanzas extrañas, he demostrado que la casa no nos queda grande...es mi orgullo.

VALOR FUNDAMENTAL DEL PAIS DEL HIELO

En este millón 250 mil kilómetros cuadrados que Gabriel González incorporó a Chile como el Departamento Antártico, capital Navarino, reside una riqueza de gesta y de epopeya, como aquellas que en el pasado movieron a los hombres hacia la conquista de los Grandes Velloinos, dividiéndolos en capitanes y soldados, capaz de estremecer al mundo como otra California.

Es lo que aguarda a hombres y mujeres de resuelto corazón que inicien la colonización del nuevo Departamento chileno. La Antártica será poblada. Pero sólo aquellos derechos y hechos para no retroceder un paso en la pelea dura y constante, aquellos que no piensen tanto en las veces que fueron derribados, sino en su propia capacidad para levantarse, serán los que conquisten el secreto tesoro

del País del Hielo. La ruta de los pioneros esta nuevamente abierta. Comienza en la Antártica Chilena, superando la ambición del hombre abierta más allá de todo límite. Ya me lo dijo Gabriel González el día de su desembarco en Punta Arenas:

--Serán chilenos los que poblarán la Antártica Chilena. Nunca mi tierra fue patria de cobardes. Desde la Antártica signos augurales se colocan sobre el destino de Chile.

Estos signos augurales se llaman: petróleo, carbón, oro, cobre, fierro, manganeso, tungsteno, uranio, pinguinos, focas, leopardos marinos y ballenas. 147 clases de minerales diversos se ocultan en la Antártica, bajo su vientre blanco, donde según los informes del Almirante Richard E. Bird se encuentran, también, los más grandes yacimientos carboníferos del mundo. El 93 por ciento de las ballenas cazadas en los siete mares fueron arponeadas en las aguas antárticas. 42 mil 875 fueron los cetáceos beneficiados el pasado año. De estos 40 mil 201 se cazaron en las costas que bañan los mares del Chile que hoy limita al Sur con el Polo. La ballena azul, la más preciada de todas, cuyos 35 metros de largo y 500 toneladas de carne producen hasta 25 mil litros de aceite, se encuentra casi exclusivamente en las aguas antárticas de Chile.

Porque una nueva alborada comienza para Chile. Una nueva era quedó abierta el martes 17 para el futuro nacional. Nuevos días nos aguardan en un calendario que será deshojado en la antártica por los chilenos que conquisten y pueblen el País del Hielo y su millón 250 mil kilómetros cuadrados. La visión nos expande el tórax de la Patria grande, soñada por el sueño forjador de los próceres que nos dieron nacimiento como Nación. Entonces sólo bastará cerrar los ojos como lo hizo Gabriel González en el puente de mando del “Pinto” para

ver a O'Higgins, el primero en reivindicar nuestros derechos sobre la Antártica, mientras la emoción de un rezo laico se sube a los labios de Chile:

--Don Bernardo, Padre Nuestro, que estás en los cielos...

Febrero, 1948. LNG.

CUANDO SABIAMOS LATIN

YA ME HE REFERIDO ANTES, me parece, y hasta largo y tendido, a los olvidados latines en el habla popular de Chile. Era el tiempo en que aprendíamos latín en el colegio, enseñado desde las preparatorias para arriba como el idioma padre de las otras lenguas. Entonces, los médicos redactaban sus recetas en latín, descifrado, luego sin inconvenientes por los boticarios para quienes también el latín era de uso corriente o cotidiano. Los abogados y literatos, desde luego, mantenían con el latín una unidad tan estrecha como tambembe y calzoncillos, y de ello fue un ejemplo elocuente el famoso Zorobabel Rodríguez, jurista y escritor. Su novela ‘La Cueva del Loco Eustaquio’, publicada en 1868, puede servir de ejecutivo botón para la muestra en este caso. Una vez que esto se conoce, desde luego, ya no extraña tanto aquella letanía de las solteras en edad de merecer, expresada con verdadera unción hasta en mis días por las niñas casaderas en busca de maridos, y ahí va, pues, la cosa, tal como todavía me suena en el oído: **‘Kyrie, yo quisiera,/Christe, ser casada,/Kyrie, y pido a todos los Santos/Christe, con toda mi alma,/Santa María,/que se llegue el día,/San Fructuoso,/de encontrar esposo,/San Abdón,/que tenga buen corazón,/San Crescente,/que sea inteligente,/San Irineo,/que no sea feo,/San Benito,/que sea bonito,/San Alejo,/que no sea viejo,/San Federico,/que sea muy rico,/San Bonifacio,/que tenga palacio,/Santa Teresa,/que me lleve en calesa,/San Baldomero,/que no sea cicatero,/San Miguel,/que me sea fiel,/San Ceferino,/que no le guste el vino,/Santa Marta,/ni tampoco las cartas,/San Juan,/que no sea truhán,/San Bruno,/que no sea tuno,/San Clemente,/que sea valiente,/Santa Beatriz,/que me**

haga feliz./ Agnus Dei Qui Follis Peccata Mundi,/y que pasen muchos años/ antes que nos recen el de Profundis,/Miserere Nobis,/y que afloje el quivis quovis,/cada vez que sea menester,/hasta que nos muramos. Amen”.

Debe haber ido por eso --cosa que creo haber soslayado en una anterior ocasión--, que la primera de las Parralinas Ricas puso el primer letrero de advertencia en el vanidoso salón de su arrogante casa de caramba y zamba en Talca, París y Londres: “Huaso sin plata, es huaso muerto,/¡Al cementerio con él!/ el que no tiene cum quibus,/requiecus in pace. Amén”.

Pero no sólo el latín andaba en boca de las incandescentes damiselas nocturnas. Con mayor brío lo hacían en los epigramas picarescos ideados por los repentistas poetas populares, como éste, por ejemplo: “Aleluya, dijo el cura,/al comerse las hallullas./El sacristán dijo Amén,/por ayudarle también”. O este otro, aun más irreverente: “Sacristán que vende cera y no tiene colmena/rapaverunt, rapaverunt, rapavelas del altar”.

La palma de lo ruborizado, en este aspecto, se la lleva el que ofrezco ahora: “El errare humanum est”/dijo el cura- e-San Vicente,/cuando por buscar al mozo,/se abrazó con la sirviente.”.

Hasta el abuelo Pedro Pablo terció estos lances con su versaina para los nome-olvides: “Sor Tadea, mi pariente,/monja muy literata,/dómino meo leyó/y el entrecejo frunció,/entre fosca y timorata,/“no cuadra nombre tan feo” dijo,/en este latín divino,/y en ves de dómino meo/ leía domino orino”.

El abuelo se decía ateo, masón y come frailes, pese a que nunca creí mucho en su jactancia. En la hora de la muerte, sin embargo,

negándose a los sacerdotes de la familia, dijo lo mismo que Víctor Hugo en la suya:

“Entre Dios y yo no necesito intermediarios”.

DE LAS NIEVES DEL KILIMANJARO

TUVE EN Buenos Aires una perla negra, sostenida en la palma de la mano. La perla se llamaba Miss Afrygah –cosa que significa Africa, naturalmente– y era una diablesa muy hermosa y borracha, salida del espanto. La conocí en “First and Last”, el bar porteño donde los marineros beben su primer y último trago, y nunca me dijo definitivamente adiós. Todavía, por ejemplo, después de tanto tiempo, viene a visitarme a veces, por las noches, cuando duermo, para sacarme el alma lo mismo que una bruja Sucubo. Afrygah era experta en toda cruel suerte de hechizos. En este instante, temo muy en serio que vuelva a darme su tremendo beso lacerante. Acabo de leer en “El Mercurio”, en la edición del martes, la dura experiencia sufrida por el inglés Sholto Douglas, condenado por malversación a treinta y tres meses de Cárcel más veinticuatro latigazos con “Kiboo” en

Tanganyica. Mi negra bonaerense venía también de allá, de Tanganyica. Por eso ya la estoy buscando en la sombra de mi propio delirio, anhelando que venga y me deje hecho pedazos, como siempre.

Afrygah solía hablarme de su país de magia y de cuento, festoneado por las nieves del Kilimanjaro. La voz pastosa de la negra lo iba dibujando con grave exactitud: 939 mil 326 kilómetros cuadrados, lo suficiente para que Inglaterra quepa cuatro veces y sobre todavía un poco. De esta extensión, sin embargo, hay que descontar el gran lago, de 32 mil 500 kilómetros cuadrados de superficie, con mil 440 metros de hondo. En sus fangosas orillas bajas se bañan elefantes y los rinocerontes. El “Kiboo”, la silvante herramienta con que le dejarán a Mister Sholto Douglas su tambembe convertido en una rosa ensangrentada, esta hecho con cuero de elefantes y tendones de rinoceronte. Veinticuatro golpes de “Kiboo” pueden matar fácilmente a un ser humano. Mi

negra lo sabía. Ella también llevaba la huella del “Kiboo” en su piel oscura. Un árabe mercader de esclavos la había sacado de Tanganyica cuando niña, para venderla después en algún lupanar de la antigua Costa de Oro. Esa había sido su vida. En ella estaba la explicación de su furiosa borrachera en Buenos Aires.

NUNCA, bajo mi palabra, la ví enteramente sobria. Muy borracha y muy hermosa, Afrygah parecía algo así como una gran pantera, una enorme boa, una alucinante araña gigantesca, hecha de terciopelo negro, casi azul, toda brazos y piernas. Esta sensación a cosa animal estaba, más que nada, en el olor de su piel. Era un olor a criatura de los bosques, a selva y a pantano. Afrygah pertenecía a la tribu “Masai”, de donde le venía el arrogante porte. Los “Masai” destacaban como Príncipes en la fisonomía tribal del Africa Oriental. Afrygah me hablaba de su lejano país con cálida nostalgia. La mosca Tsé Tsé zumba prodigando la enfermedad del sueño para acercar la muerte en todo el

territorio. Pero Tanganyica es, sin embargo, una patria feliz para los negros.

Todo lo que necesitan para vivir, sin mendigar en puerta ajena, sale de su agro, de su mar y de sus minas. Y son ellos los patrones. En casi 10 millones de habitantes, sólo 123 mil no son negros puros. Los europeos auténticos aportan una mínima minoría de 27 mil. Su mando cesó el 9 de diciembre de 1961, cuando Tanganyica se proclamó República negra.

Míster Sholto Douglas esta, pues, destinado a pasarlo bastante mal en la cárcel y peor aun bajo el bárbaro apaleo con "Kiboo". Douglas fue miembro de la antigua administración inglesa en Tanganyica y es el primer súbdito de Su Majestad británica que condenan los negros. Se trata, como lo veis, de una revancha verdadera. Ojo por ojo, diente por diente, ahora les toca a los negros. En cierto modo, era lo que Afrigah hacia conmigo. Cuando finalmente se quedaba dormida, con un gozo animal en su ronquido, luego de apurar la última botella, se veía aun más negra y más hermosa, bella como una bruja negra en la noche del sábado.

VOLVAMOS AL MAR, PADRE DE LAS COSAS

¿CREE USTED POSIBLE OBTENER MIEL DEL COCHAYUYO? En su parcela de mar, bautizada de modo elocuente como ‘Agua Salada’, a medio camino entre Cartagena y San Antonio, el viejo Rolando Petersen extraía esta curiosa miel exquisita, cuyo secreto él no se lo confió a nadie. De la misma manera, misterioso como un alquimista del medioevo, actuando en pleno siglo XX, ofrecía un té de luche, un bajativo de algas que no nombraba y la maravilla de un platazo donde se confundían los sabores que el más antiguo y venerable Padre de las Cosas --el mar— guarda en la maravilla de su húmedo dominio salado, de un gusto diferente uno de otro, para el goce digestivo sólo de aquellos que hayan sido fieles devotos de su culto gastronómico. Petersen era uno de ellos, tal vez el único que podía mostrar Chile en esos días, hace más de medio siglo. Después el demonio de la politiquería metió su maligna cola en el asunto y todo se fue a misma miéctica. Le quitaron a Petersen su parcela marina, afirmando que no tenía derecho alguno a beneficiarse con la explotación de un litoral al que había llegado de intruso, sin la venia del Estado, ni pedirle permiso a nadie.

De esta simple manera, de la noche a la mañana, murió ‘Agua Salada’, tal como murió luego el propio Petersen, dolido de nada que no fuese su cruel desengaño. Todavía, sin embargo, debe haber en la costa de Cartagena, hacia el Sur, gente que lo recuerde. Los veteranos pescadores que habitaron en su zona de

cavernas fueron sus amigos predilectos. Petersen, desde luego, aparecía ante ellos nimbado de asombros, como si fuese un mago capaz de sacar prodigios de su sombrero. Eso fue para mí, al menos, el viejo Petersen.

Un poco de soslayo, en la distancia, me sonrío entonces la nostalgia de las algas orientales que conocí en Japón. Setenta clases de algas diferentes aparecen en el consumo habitual del habitante japonés. Una sabia mezcla de algas rojas con algas pardas de nacimiento a la sabrosa maravilla que allá conocen con el nombre de ‘‘kombu’’, que no es cualquier cosa a la que se pueda mirar en menos. Sólo con el ‘‘kombu’’ es dable preparar un ágape al gusto de occidente, esto es, pertrechado de entrada, sopa y un guiso final asado o estofado, más el postre y los correspondientes aperitivos y bajativos para la satisfacción de comer bien, con la guatita llena y el corazón contento. Siempre he creído que en la magia gastronómica del ‘‘kombu’’ figuran el luche y el cochayuyo en la primera línea de fuego. Por otra parte: ¿Por qué los japoneses extraen del mar setenta tipos distintos de algas nutritivas? ¿Por qué los chilenos nos contentamos sólo con tres apenas, el luche, el cochayuyo y el ulte, que es una especie de cochayuyo juvenil? Nadie ha contestado todavía la pregunta. Acaso el viejo Petersen ya estaba en la pista de la respuesta exacta.

Pienso en ello leyendo el libro de un científico de excepción, Sergio Teitelboim, autor de ‘‘Chile y la Soberanía del Mar’’. Allí se demuestra que ‘‘de una hectárea de tierra, en el mejor de los casos y después de un largo ciclo, se obtienen hasta cuatro toneladas de granos. De una hectárea de mar, en cambio, se pueden cosechar hasta 100 toneladas de plancton. Toda la población del mundo podría ser alimentada con la explotación de hectáreas marinas, 70 veces inferior a la superficie de Chile Continental.

VAMONOS PARA EL JARDÍN DE DIOS

SE HA PUESTO DE MODA entre los chilenos, con medios suficientes para darse el gusto, ir a Jamaica, en el Caribe, en viaje de negocios o descanso.

Es por eso que los aviones de la línea Ladeco acaban de iniciar la frecuencia semanal de un viaje, por lo menos, hacia la hermosa isla descubierta por Colón en su segundo viaje a las Indias de Occidente, no llamadas América todavía. Don Cristóbal bautizó a su nuevo hallazgo geográfico como Santiago, nombre que no tuvo fortuna, pese a ser el del apóstol de España, a cuya soberanía pertenecían las nuevas tierras encontradas por Colón, ensanchando la visión de un mundo conocido hasta el momento.

Mejor suerte, en cambio, tuvo la palabreja del endiablado idioma que susurran los nativos para nominar su dominio insular.

Los aborígenes le decían “Chamayka”, cosa que significa “la bien regada”. Como lo veis el nombre ha perdurado hasta nuestros días. Entre Chamayka y Jamaica las diferencias fonéticas son de mínima cuantía, sin ninguna importancia ejecutiva.

No fue tan feliz, sin embargo, el destino afrontado por los aborígenes de Chamayka, los primitivos dueños naturales del prodigio insular, llamado también por Colón “un jardín de Dios”.

Con el perdón de la Santa Madre Iglesia, esto es, tácitamente autorizados por el poder eclesiástico para hacer lo que hicieron, los españoles sometieron a los indios a un rápido y cruel exterminio, abriéndoles primero las Puertas del Cielo, con el Bautizo y su correspondiente ingreso a la verdadera Fe de Cristo, para luego matarlos simplemente de cualquier modo, con cualquier pretexto. Habían sido veinte mil ejemplares, orgullosos de su raza y de su isla, cuando los descubrió Colón. En 1611 sólo quedaban vivos 75 aborígenes miserables. Vagaban por el Jardín de Dios, como implorando que los matasen luego. Cuando en 1655 los ingleses se apoderaron de la isla, el Almirante Penn les dio en el gusto, devolviendo antes el nombre de Chamayka a lo que había sido su dominio. De esta histórica manera nació Jamaica, pero sin ningún jamaquino autóctono para contar el cuento.

El dilema poblacional lo solucionó el almirante, que tendió sus velas hacia el Africa, donde capturó ochenta mil esclavos negros y embarcó cien mil plantas de caña de azúcar, cifra suficiente para atraer a cien aventureros ingleses, ávidos de hacer fortuna plantando las dulces cañas en las tierras baldías del Jardín de Dios, comerciando después con el azúcar lograda en cada cosecha y mucho más con el exclusivo Ron de Jamaica, surgido de las mismas mágicas cañas y los alambiques para graduar con preciosa sabiduría el alcohol que le daría potencia y vigor al apetecido trago. Lo que ha venido después, hasta los actuales días, es sólo el detalle. Jamaica es hoy una nación de negros, con una aristocracia negra, con dos millones de negros en su expresión demográfica, más una breve minoría blanca, cuyos casi 15 mil miembros no causan ningún problema.

Pero su ron es otra cosa. Puedo dar un testimonio personal sobre el asunto. Pasé por Jamaica en 1955, en viaje de Cuba a Trujillolandia. En el aeropuerto jamaquino, los obsequiosos negros sirvieron, gratis, tragos de un ron que considero desde entonces inimitable.

AMOR A LA FRANCESA
PARA CHILE

EL APELLIDO JARPA SE VE MUY HISPANO ENTRE NOSOTROS. Pero es de origen gabacho. Los Jarpa de Chile son penquistas. Vienen de aquel don Pedro de la Harpe, marino francés, algo contrabandista, que desembarcó en Concepción, sobre el 1700, con un embeleco de sedas y bordados para la fantasía de las damas criollas. Una de estas no sólo le compró los trapos. También le sonrió con los lindos ojos de una mujer verdaderamente enamorada, y don Pedro, entonces, decidió terminar en Chile su aventura de navegante nómada. Se casó con Misia Ursala de Cevallos, sin protestar después cuando la voz chilena fue cambiando su apellido en Jarpa.

El amor a la francesa en Chile fue capaz de estas y otras cosas, con mayores prodigios todavía. Cuando monsieur Jean Francois Briand de la Moringandais llegó a Concepción, también por la misma época que el Harpe transformado en Jarpa, traía sobre sí la sombría tristeza de un alma atormentada. Había recibido la tonsura sacerdotal y cantaba misa en Saint Malo, en su bartela natal, cuando ‘se sintió habitar por el demonio’, como el mismo lo dejó dicho en sus papeles íntimos, casi una confesión, y casi unas memorias. Colgó por eso los hábitos y se expatrió, para correr sin ventura por el mundo, como un fraile renegado, señalado por el implacable dedo de Dios, condenado de antemano a los infiernos.

En ellos, sin ninguna duda, se veía este cura sin iglesia cuando su destino lo trajo a Chile, y apareció el amor para salvarlo.

El amor vino en la fina presencia de Juanita Caxigal del Solar, la más linda damita penquista de esos días. El sacerdote

arrepentido se casó con ella, y ya seguro de disponer de su propio paraíso terrenal, acortó también su apellido dos veces, al gusto del habla de Chile. Su Moringandais quedó primero convertido en Morandais, y luego en Morandé.

La calle santiaguina de este nombre se llama así porque allí, en la esquina de Moneda, donde ahora esta la Intendencia, tuvo su casona el gabacho salido del infierno. Su amor a la francesa le dio a Morandé un relumbrón de muchos esplendores en la sociedad criolla. Su hija Francisca Javiera fue el tronco fundador de los Errazuriz Echaurren, y su nieta Mercedes fue abuela de Domingo Santa María.

Los Pradel, los Pinochet, los Mery, los Onfray --que llegaron llamándose Onfroy--, los Morán y los Labbé reconocen un mismo origen. Sus antepasados fueron maluinos, audaces navegantes bretones, corsarios y comerciantes a la vez, hechos para irse a cualquier parte, sobre el agua salada, en atrevidas quillas de madera. Fueron los primeros que colonizaron las Malvinas --dándoles el nombre de su raza: las maluinas--, y haciendo de ellas una base para sus correrías por el el distinto mar de las Américas. Pero en Chile, a cada uno, los fue engarfiando el amor de las chilenas, vestido, sin embargo, con la técnica del amor a la francesa que traían los viajeros. Un Pradel, entonces, se casa en Concepción con María Gabriela de la Barra y un Pinochet lo hace, en Cauquenes, con Ursula de la Vega y Montero. En Santiago, Juan Onfroy lleva a los altares a Micaela Gonzales de la Cruz, y Claudio Mery, en la Serena, a Juana Blanco. Carlos Morán se casa con Maria Páez y con

Francisca Vergara cuando enviuda. Francisco Labbe se domicilia en Chimbarongo y se casa también dos veces, patriarcal y prolífico, primero con Tomasa Iturriaga Millán y luego con Francisca Gajardo Guerrero. La historia familiar chilena es demasiado larga para que quepa en este espacio.

El galán gabacho de nombre más pomposo fue el Pradel que enamoró a la penquista María Gabriela de la Barra. Se llamaba Nicolás de Pradel y Trouin de la Barbinais. El de heráldica más modesta fue aquel que se nombraba nada mas que Luis Lisson, fundador en Chile de la industria del pescado seco. Su amor a la francesa era tan francés que no le dejó tiempo para enamorarse en Chile. Lisson era de Saint Malo, como casi todos, y yo imagino que allí hubo una bretona de escapulario y cofia que envejeció esperándolo. Lisson murió en Chile y soltero, sin volver a la querencia ni siquiera en su ataúd.

El apellido más noble de todos los que trajo el amor francés fue el de Dionisios de Lafferte. Se casó con Misia Felipa Jofré y Godoy. De allí, después, con el tiempo, vino un tal Elías Lafferte, hijo el pueblo y del salitre, a predicar en Chile la necesidad social de odiar el odio. Pero esta ya es otra historia.

EL OMBLIGO EL MUNDO

NADIE SE ACORDO de nuestra Isla de Pascua en la Semana Santa. Nadie --o casi nadie-- sabe tampoco ahora que el peñón oceánico se llama así porque fue descubierto el 5 de abril de 1722, para otra Semana Santa de antaño, "en el Domingo de Pascua de Resurrección de Cristo", detalle del que le vino el nombre que luce desde entonces, con rango universal.

No es el suyo aborígen, desde luego. En la dulce lengua gutural de los nativos se denomina Rapa Nui o Tepito Henúa, cosa que significa "Ombbligo del Mundo". El bautizo parece estar muy bien puesto. De acuerdo a la más remota tradición isleña, al menos, Pascua formó parte de "La Hiva", un fabuloso continente que algún cataclismo envió a los diablos, sepultándolo en los mares, dejando apenas a flor de agua al breve peñón triangular que conocemos, de sólo 180 kilómetros cuadrados, con un volcán en cada vértice.

Acaso los "Moais" podrían decir algo sobre ello. Todavía quedan en la isla 293 "moais" --las estatuas más enigmáticas que haya conocido el mundo hasta el presente-- como si fuesen la tropa de un ejército de fantasmas, surgido el pasado, alineado en piedra.

Los "moais" testimonian un misterio que aun no se descifra, señalando que los antiguos pascuenses eran los únicos habitantes de la Polinesia que dominaban una forma de escritura extrañamente parecida a la utilizada en Egipto y

en la India, como también conservaban la certeza del "Diluvio" y la creencia religiosa de una "Eva" isleña, nacida de la costilla de un "Adán Pescador" en las playas de otro Edén, con la pareja tendida a la sombra de Dios, en una Pascua que fue entonces, muy de veras, la vieja Tepito Henúa, el Ombligo del Mundo.

Pienso en eso en mi nostalgia de Pascua, y vuelvo a ver, entonces, al mar que revienta con vientos de violenta espuma en sus seis puertos con nombres musicales: Hanga—Onu, Ovahe, Anakena, Hangapiko, Baihu y Hutuiti.

La visión de ese mar, donde el sol cae como degollado por las tardes, desangrando en una luz ultravioleta, me apasiona el alma con la suave desdicha de un amor lejano. Entonces nombro a los peces voladores, señalo a los peces gallo, teñidos de rojo y amarillo, y vuelvo a ilusionarme con los patéticos peces mariposas que viven con un temblor multicolor de escamas, volando sobre la marea, cuando asoma la aleta homicida de los tiburones.

Esa es mi Pascua de amor y de misterio. Creo que es el único lugar del mundo donde la mujer y el hombre nos sentimos tan desnudos como lo estaban Adán y Eva cuando Dios los expulsó del Paraíso.

CON TIEMPO DE VALS

CREO QUE LAS SEÑORAS mujeres de mi antaño eran tal vez más encantadoras que las del presente. Todavía veo, por ejemplo, a Misiá Delia Matte, con sus ojos de sultana, su cuerpo de robusta néyade o nereida, y su gran sombrero donde a veces anidaban pájaros enteros, del que pendía el velo semimoruno que le lunareaba el rostro. Misiá Delia era presidenta fundadora del Club de Señoras, creado por ella --en tiempo de Vals— junto con Adela Edwards de Salas, que fue la primera en lucir como regidora de Chile; Elvira Santa Cruz Ossa, que firmaba como Roxanne; Inés Echeverría de Larraín, que lo hacía como Iris; y María Valdés de la Jara, que ofrecía su propio nombre al pie de la escritura, tal como también lo hacían doña Amanda Labarca y Misiá Isaura Dinator de Guzmán, ambas representando el ala izquierda del movimiento femenino del Club de Señoras.

A todas les gustaba el auténtico té de Ceylán, acompañado de dulces chilenos, como ya no se hacen. Así saboreaban mejor la odisea y epopeya donde enrolaba de continuo Misiá Delia Matte, protagonizando increíbles hazañas verdaderas. Una de las suyas, para dar el botón como la muestra, fue la que le ocurrió en su casa de viña, cuando llegó hasta ella Ladislao Errázuriz Lazcano mendigándole protección y asilo.

La policía política lo perseguía, con un precio sobre su cabeza casi agarrada a los talones. Pero Misiá Delia fue el ángel de su salvación. Le basto disfrazar a Ladislao Errázuriz con su fachoso sombrero, su velo pasional y uno de sus trajes arrogantes. Así, con el rostro pintado y maquillado, obligándose a dar pasos cortos con los estrechos botines de doña Delia,

Ladislao Errázuriz salió a la calle, estremeciéndose un poco cuando lo enfrentó un conocido personero policial: “Buenas tardes, señora Matte”, saludó el detective, cediéndole el paso.

Todo era delicioso en esos días. Domingo Santa Cruz acababa de fundar un grupo de cultura musical con el nombre de Sociedad Bach. Entre sus muchos miembros figuraba una francesita de París, nacida en Santiago, Marta Petit Marfán, que conoció allí a quien sería luego su novio y después su esposo, el arquitecto Jorge Hunneus Lavín. Entonces, según afirmaban en el Club de Señoras y en la Sociedad Bach, cuando nació la hija del matrimonio y lagrimeó de inmediato como lo hacen todas las guaguas del mundo, Marta Petit de Hunneus no olvidó ni siquiera en ese instante de su dichosa maternidad la devoción musical que le imponía su maestro, Domingo Santa Cruz, y exclamó en razón de ello: “¡Por Dios, qué lindo tono de voz tiene para llorar mi niña”!

Ese fue el tiempo de Vals que nos conmovió en Chile y ya no volverá.

EN LOS DIAS DE VERANO SANGUINARIO, ardiendo con el sol rojo en su calor inmóvil, me agrada irme a reposar a la sombra de las más frescas praderas al alcance del anhelo humano.

Son los campos del mar, los vastos potreros sumergidos, donde también llega el sol, ya sin causarles agobios ni molestias a nadie. El viejo Cara e'Gallo sólo hunde en el mar su dorado sexo innumerable para fecundar la vegetación que crepita bajo el agua, con una presencia plural de algas unicelulares, las "diatemas", microscópicas en sus genios y figuras. Así se forma lo que se llama "fitoplancton", en el pedantesco lenguaje científico, una palabreja que viene del griego y significa "plantación errante", y eso es la admirable pradera submarina, cuya producción anual de alimentos se calcula en ¡mil cuatrocientas toneladas de elementos nutritivos por kilómetros cuadrado!

Ninguna explotación agrícola terrestre puede comparar su fertilidad con la ofrecida por los potreros sumergidos.

El hecho establece una verdad desconcertante, precisando que todavía no sabemos trabajar al mar. Sólo le hemos enviado pescadores a través de los milenios, señalando que recién ha comenzado la búsqueda petrolera. Pero aun no comprendemos que lo que hace más falta es la creación de un "campesinado del mar", capacitado para domar y tener al servicio de la familia humana las reservas vitales del prodigio submarino.

Es necesario saber para entender bien y sin errores lo que señalo, que en nada más que un litro cúbico de agua salada hay ocho mil millones de diatemas y mil trescientos huevos de peces, presencias vivas dables de convertirse en alimentos, y el ejemplo puede ofrecerse aun de manera mas elocuente.

PRODIGIO MARINO

En 200 kilómetros cuadrados de pradera sumergida, una mensura que se encuentra hasta decir de sobra en el hondor de cualquier caleta y bahía de Chile, abultan hasta 160 millones de huevos de peces y 117 millones de larvas de mariscos. No es, pues, una vana quimera el decir que asegura que el mar litoral de Chile --solo el que se pega a su Costa, no su mar Territorial ni Patrimonial--, podría alimentar sin problemas a toda la humanidad.

El mar es nuestra “Gran Nodriza”, según el gráfico decir coincidente de dos famosos investigadores oceánicos: Cousteau y Maury. Es, pues, el anfitrión benévolo de todos los fenómenos vitales que se precisan bajo el agua. Pero allí los seres no están diseminados al azar. Leyes rigurosas los apartan, los multiplican o los eliminan. El mar sólo es uniforme para el corto ojo terrestre. Lo cierto, sin embargo, es que esta compuesto por países mucho más diversos de los que conocemos sobre el suelo.

Ese será el ámbito de trabajo del futuro campesinado del mar

No quisiera morirme sin ver explotar las vastas praderas sumergidas de la misma manera que un labrantío agropecuario, cultivando las especies vegetales y apacentando y domesticando los peces y mariscos tal como si fuesen rebaños.

Entonces, cuando ello ocurra, ya no le penará al mundo el fantasma del hambre que hoy ronda de modo tan cruel y tan tenaz.

“TENGO mucha querida gente para ir a visitar cuando me muera. No sé todavía, desdichadamente, qué cosas llevarle a cada cual, para su halago, cuando nos encontremos en la sombra del cosmos, en la alta profundidad de Dios o del demonio. ¿Un poco de bulla o de alboroto, por ejemplo? Sí, sin duda. Algo de eso podrá gustar a la mayoría de los amigos que se me adelantaron en el último viaje definitivo, y eso, pues, les llevaría a Pablo de Rokha, a Julio Ortiz de Zárate, a Rafael Peni, a Guillermo Agüero Correa, a Pilo Matte, al “Pato” Alberto Gómez, al “Japonés” Arturo Larraín, al “Pájaro” Salas, a “Perico” Vergara, a Carlos Matte y a tantos otros. La lista es muy larga para darla por entero. Pero en su nómina caben los que amaban el vehemente ruido de los días, de la misma manera como yo lo hago. Pero aun me queda mucho en qué pensar para llevar. Creo que a Lenka Franulik le agradecería disponer de un trozo humano de su genio y su figura en llamas, su espíritu plasmado en este oficio de manera perenne, y que algo parecido sería también del gusto de Juan Emilio Pacull, de René Olivares, de Tito Mundt y de Luis Hernández Parker. Sí, entonces. Esto y aquello les voy a llevar a los amigos el día que me muera, aceptando, sin embargo, que la vacilación me asalte en el camino cuando vaya hacia mi madre. ¿Qué entregarle a ella? Me parece que necesitaría de algo más que una rosaleda y su nombre pronunciado de rodillas, llorando, con el rostro vuelto hacia su imagen. Le llevaría, por eso, nada más que mi dura pelea, la mucha batalla en la que a veces estoy de vencedor y otras de vencido, alegre o trágico en la alternativa de las risas o del quebranto, con la completa certeza de que ella me sentiría así más hijo suyo, de nuevo dispuesta a darme los apoyos de su mano para guiarme por lo oscuro. Haría algo muy pariente y a la vez muy

DE PROFUNDIS

distinto con mi padre. Para el viejo Comandante recogería la más violenta espuma ofrecida por el mar de Chile. Le llevaría eso, más el viento de proa que él respiraba desde el puente de mando de sus buques, con alguna epopeya varonil --desembarcando en los puertos para sofaldar mujeres y derribar adversarios-- , y pondría sobre todo ello mi propia aventura, siempre arrojada sobre los azares”.

DE PROFUNDIS

LUN

2-8-79

VICENTE HUIDOBRO, cierta vez, se obligó a llevar un revólver para su respeto en gracia a la ácida polémica que sostenía en esos días con un Fulano de Tal, sumamente calificado de agresivo y peligroso. Fue a raíz de ello que Enrique Bunster le preguntó qué diablos haría si su violento adversario fuese Pablo de Rokha. ‘Entonces andaría con un cañón’, respondió textualmente Vicente Huidobro, poeta francés nacido en Chile.

Lo cierto es que Pablo de Rokha se nimbaba en ese instante de una fama perversa, reputado como bueno para los puñetes como el sólo, amén de otros subproductos y ramos similares de la riña criolla que también se le colgaban a su nombradía sin inconvenientes y hasta con cierto íntimo gozo del poeta --una satisfacción personal de Pablo de Rokha, exclusivamente suya--, de saberse y considerarse un hombre completo, precisado como tal incluso en la abundante expresión de sus errores o sus vicios. Fue el canto de lo que señalo que se promovio de improviso, acaso sin motivo alguno, la descomunal pendencia que hubo entre Pablo de Rokha y el escultor y pintor Julio Ortiz de Zárate.

Yo fui el único padrino y testigo de los dos duelistas, amigo entrañable como era de ambos. El encuentro se verificó en el Parque Forestal, junto al Palacio de Bellas Artes, en una noche de invierno que iba al encuentro de la madrugada, sin moros en la costa, ni carabineros ni incómodos mirones. Allí se ensarzaron los amigos-adversarios, respondiendo por entero a su distinto prestigio varonil. De Rokha era un atleta espontáneo, huaso de Licantén, acostumbrado a echarse al hombro sacos de

LA PELEA HOMÉRICA

trigo de 100 kilos, trotando con el peso, sin jadeos ni calambres. El maestro Ortiz de Zárate mostraba hechuras parecidas, pero con una diferencia. Julio Ortiz sabía boxear. El detalle explica el porqué de su contundente victoria sobre el poeta, con de Rokha apabullado y demolido a puro golpe bombardero. Fue por eso que la homérica pelea se detuvo de modo repentino. ‘Hay que llevarse a Pablo a su casa --me dijo el maestro Ortiz de Zárate--. Iremos juntos. Pero sólo tu entregas al poeta en manos de los suyos. Yo no quiero hacerlo y tu comprenderás la causa de mi negativa’.

Así lo hicimos. Una victoria nos llevó al cansino galope de su caballo hasta el domicilio de Pablo de Rokha, ubicado entonces en el Barrio Independencia. Allí deposité los maltrechos restos del poeta en el amor de su esposa, la admirable Winett de Rokha, que nació llamándose Luisa Anabalón Sanderson, y los recibió llorosa:

--¡Por Dios! --dijo entonces Winett de Rokha--¡Qué te pasó, Pablo!

--Nada, Luisita --respondió el poeta, que siempre le dijo así a su esposa, nombrándola Luisita en toda circunstancia--. sólo tuve una pelea terrible con Julio Ortiz de Zárate.

--¡Pobre Julio! ¡Cómo habrá quedado! --sentenció entonces Winett Luisita.

Pablo de Rokha me miró en ese instante, yo también lo miré, y nos reímos los dos, sin que nadie supiese entonces la causa de la risa.

UN DIARIO DE SANTIAGO se extasió el otro día, en su edición dominical, con los curiosos apodos que abundan en el uso chileno. Así salió el de la ‘Metro Ochenta’, una furcia que tuvo mucho nombre en Antofagasta. Su fama comenzó cuando acaudilló a todas sus colegas de oficio en su mitin callejero de pública protesta contra el Código Long que amenazaba con dejarlas cesantes. La ‘Metro Ochenta’ concentró a sus hembras en la Plaza de Armas de la capital del Norte Grande, con despliegue de oradoras y cartelones alusivos a sus nocturnas labores del sexo, para entregar luego su correspondiente pliego de peticiones en la Intendencia. Me parece que es por ello que la prostitución, legalmente prohibida en Chile, se ve, sin embargo, permitida o consentida por la misma Ley que quiso fulminarla.

No se ofrece sólo este alarde de la ‘Metro Ochenta’.

También, después de la Segunda Guerra Mundial, fue condecorada de manera solemne por el gobierno de los Estados Unidos, como premio --dice el diploma respectivo--, a los buenos servicios prestados por la hetaira criolla a la causa aliada, durante el conflicto bélico.

¿Cuáles fueron estos buenos servicios?

Parece que las mujeres del gineceo de la ‘Metro Ochenta’, nunca enfermaron a los marinos estadounidenses que desembarcaban de laya clandestina en Antofagasta, tras la ávida búsqueda de cualquier imitación de amor. Las malas lenguas, diestras en las artes del pelambre, también dicen que la Metro Ochenta fue una eficaz informadora secreta del Alto Mando Naval de los Estados Unidos. Sea como sea, de todos modos, lo cierto es que fue condecorada. Yo vi los embelec

LA METRO OCHENTA

correspondientes en su alcoba incandescente, y entonces, mirándome las hechuras, me toreó la famosa proxeneta:

--A ver, a ver --me urgió-- ¡Vamos a saber cuanto mide usted! Póngase conmigo, de espalda con espalda.

Yo mido un metro ochenta y uno, de pie sobre el planeta. Pero no se notaba en lo más mínimo el breve centímetro de diferencia entre ella y yo, y la Metro Ochenta se rió, entonces, realmente contenta por su apodo:

--Somos los dos grandazos --me expresó--.

Ya estaba envejeciendo en esa época. Había sido cobradora de tranvías en Valparaíso, muy gallarda y muy bonita, antes de ‘darse a la vida’, como ella llamaba a su aventura humana. Una de sus compañera de la bulla fue enamorada por alguien que la hizo su esposa, y fue después un jerarca de mucho imperio en la primera administración presidencial de Carlos Ibáñez. La Metro Ochenta suspiraba al precisarlo:

--‘La Charo se casó bien --me decía--. Pero no me olvida y yo tampoco lo lamento. Total, cabro, nunca me podrán quitar lo comido y lo bailado’.

LA LOCA BONITA DE TARAPACÁ

A PURO CORAZON descalzo, la loca bonita vino andando hasta mi barrio. ¿De dónde salía? Quizás de algún espanto, perseguida por los chiquillos y los perros, sin ningún amor que colocar debajo de la almohada cuando le venía el sueño. Venía por eso desgredada, vestida de mugre y de miseria, con los ojos furiosos. Así la recibió mi barrio, sin demostrar ningún interés por su presencia. El drama pasa por San Diego y las calles vecinas, con alboroto diurno y zalagarda nocturna, sin dejar, sin embargo, mayor huella. Cuando la loca tomó domicilio en la cuadra de la calle Tarapacá que se estira entre San Diego y Arturo Prat, echándose como una quiltra fatigada en la medianía de su acera norte, el barrio se alzó de hombros, concediéndole el mismo derecho que a cualquier vagabundo para encender su lámpara donde fuese. Así pasó el invierno la loca, alumbrando su noche con colchones, tapada con gangochos, comiendo algún plato de quimeras digestivas en el día. Sólo ahora que la primavera camina con su rápido pie dorado y verde hacia el

verano, hemos descubierto que la loca es muy bonita. “Parece un hipocampo, un caballito de mar”, me dijo La Huasa la primera vez que sorprendimos su belleza, hallándola dormida.

Desde entonces, tengo la costumbre de pasar por Tarapacá cuando me retiro a mi casa con la noche muriéndose en mi sangre y en la madrugada que asoma con sus primeras pilchas rosadas para tapar lo oscuro. Me gusta ver como duerme la loca bonita en la difusa claridad del alba. Ya no esta miserable ni mugrosa, patéticamente en greñas, como cuando vino. Si aun se le desflecan los harapos, lo cierto es que con ellos sólo parece una nueva versión equivocada de ese cuento de la Bella Dormida del Bosque, acaso como si fuese la hija de algún extravagante Rey Mendigo, una linda Princesa de los Pobres, sujeta a un cruel encantamiento en plena calle, sueña, soñando, con la boca abierta y un alegre ronquido gatuno, con una sonrisa multiplicada en su rostro moreno, tan hermoso.

¿QUÉ DEMONIOS o qué ángeles podían habitar el sueño de la loca bonita? ¿En busca de alguien se iba ella, preguntando por qué viejos o nuevos amigos?

Confieso que descifrar este pequeño enigma pudo apasionarme en sus inicios. Pero ya no. Está lograda la tarea que creí tan difícil. La realicé la última noche que me acerqué a la loca, sin ninguna duda todavía un poco borracho de vino y Dieciocho. Algo me llamó entonces la atención en ella. Algo que no le había visto antes con los ciegos ojos sobrios. Algo que me llamaba lo mismo que si fuese un Morsa, impulsándome a remecerla y despertarla:

–¡Hola! –le dije, haciéndolo–. ¡Hola, loca bonita! ¿Qué diablos es lo que tenemos por aquí? ¡Parece que se nos ha hinchado un poco la guatita!

La loca bonita se sentó en su rincón sombrío de la acera, oloroso a esa doble humedad de quiltros y los hombres. Pese a esta acre fragancia, se reía, sin embargo, muy bella y muy alegre, también muy chilena, como pidiendo toronjil o yerba buena para su contento:

– ¡Oh! –me respondió, clavándome los ojos, con una orgullosa mano puesta sobre la redondez maternal de su vientre–, aquí tengo a mi grillito, señor.

Me habló de él, largamente, con esa vieja ternura que poseen todas las mujeres. Era su grillito porque estaba segura que nacería hombre. Para convencerme, me cogió una mano y la puso también sobre su vientre, al lado de la suya:

–¿Ve? –me urgió–. ¿No lo siente, señor? ¡El perla se lo pasa agarrándome a patadas por la guata! Esto lo hacen sólo los que serán hombres cuando nazcan.

Oyéndola, yo pensé en los peligros que transitan por el barrio, con sus bellacos ebrios y con sus conocidos rufianes abstemios. ¿Alguno de ellos sería el autor responsable de esta maternidad nocturna y callejera? ¿La loca bonita tuvo sus nupcias brutales y bárbaras aquí mismo, en este sucio recodo de la acera donde yacía ahora?

—¿Quién fue? —le pregunté entonces, como a gritos—. ¿Quién es el padre de tu crío, loca bonita?

La loca bonita se irguió muy grave en sus harapos. Nunca la había visto tan hermosa. Una luz morena daba chispas oscuras en sus ojos cuando me respondió:

—No lo sé —dijo con lenta sencillez—. Yo estaba durmiendo cuando pasó todo. Pero ahora sólo despierto pensando en mi grillito. ¿Usted no sabe que converso con él? ¡Este diablo va a salir más macho toruno...!

Me fui, dejándola hablar a solas. Yo creo que este despertar de la loca, esperando la nacencia de su niño, es lo que la ha puesto tan bonita.

LA FAMILIA UNIVERSAL DE LOS CATÓLICOS celebra al Virgen del Carmen cada 16 de julio, canonizando la fecha movable que en este año de gracia cae el próximo jueves. Lo harán del mismo modo, hablando distintas lenguas, en la entera y diferente redondez del planeta. Sólo en Chile se produce la excepción que señala a la festividad del Carmen que ocurre en la Tirana como algo único, realmente inimaginable en la doble expresión de su bulla y alboroto, aceptando a la par por un rango místico y a la vez pagano, cualidades con las que prodiga su singular hechizo y colorido, señalando que si el brujerío resulta ingenuo o teñido de candor para los ojos del observador atento, el color es rotundo hasta ser incontestable en todos sus aperos de calor humano.

La Tirana, como lo sabeis acaso, es un breve poblado de la Pampa del Tamarugal, en Tarapacá. La aldea se ubica a mil diez metros de altura, en la ruta que lleva hasta Mamiña desde Pozo-al-Monte, hacia el Norte, donde queda el Salar de pintados, casi encima de Pica y su asombro de oasis, y a 84 kilómetros de corta lejanía medidos desde Iquique. No más de 300 habitantes, pidiendo por arriba, residen de manera estable en la Tirana. Pero las cosas cambian cuando el 16 de julio asoma por el calendario. Entonces la Tirana desborda un capitoso alud de visitantes fuerinos. La marea foránea puede llegar a cualquier cifra, cuarenta mil personas, o 50 o 60 mil y hasta más individuos serán siempre en la Tirana, en esto días, como un cardumen de peces en el agua. Nadie se ha explicado nunca como diablos caben en la poquedad de la aldehuela. Pero lo cierto es que lo hacen. El hecho esta reputado como un prodigio milagrero de su Virgen del Carmen.

LA TIRANA HASTA QUE NO ARDAN LOS CIRIOS

Una leyenda de amor y martirio nimba a la Tirana con un halo de pasión y misterio. Así, como “la Tirana del Tamarugal”, era conocida en los días de la Conquista Española la princesa incaica Guillac Ñusca, una vestal del Templo del Sol que abdicó de su virginidad sagrada cuando conoció al amo en la persona de Vasco de Almeida, un soldado portugués al servicio de Francisco Pizarro. La pareja huyó del Cuzco hacia Tarapacá, cuya toponimia no en vano significa ‘hondura profunda’. Pero fueron perseguidos y alcanzados por los airados Sacerdotes del Sol que les dieron muerte a flechazos. La leyenda asegura que antes de expirar el moribundo Vasco de Almeida tuvo agallas para bautizar a su amante agonizante. Después ocurrió el asombro cuando en 1550, Fray Antonio Rondón halló la imagen de la virgen que se venera desde entonces, soterrada en los arenales de la Pampa sin que nadie se explicase su origen. Pero el asunto carece de enigma para los viejos aimaraes que habitan en la zona. Según ellos, tal como lo dicen, el rostro de la virgen reproduce las facciones de la princesa que amó Vasco de Almeida.

Esta es la Virgen del Carmen de la Tirana que esta de fiesta el jueves, aceptando hasta el domingo, cuando ya no ardan más las velas, una zalagarda de color y movimiento donde cantan y bailan diabladas de Bolivia y romeros venidos desde todos los rumbos que señala la rosa de los vientos.

LA VIRGEN LLORO
POR CHILE

DICEN QUE LA VIRGEN DE LAS PEÑAS amaneció llorando el 2 de octubre, como lo viene haciendo desde siempre cada vez que el primer domingo de este mes viene por el calendario. No se trata, pues, de una fecha fija. El primer domingo de octubre puede caer en cualquiera de los siete días que le dan su tono y movimiento a la semana. Pero la virgen llora sólo cuando se establece esa precisa fecha, y no antes ni después, en coincidencia con la fiesta religiosa de Nuestra Señora del Rosario.

Es lo que le da al llanto seráfico el rango de un auténtico milagro, del que no dudan los fieles de su mucha familia de devotos, considerado, en cambio, por los científicos ateos, como un misterio más de la naturaleza, cuyo enigma aun no se descifra.

Pero yo pecador que suelo proclamarme ateo, pienso otras cosas diferentes del lagrimeo de la Virgen de las Peñas. Creo que algo intangible y poderoso, y a la vez palpable, tiembla en todo ello, haciéndonos sentir de veras no la presencia física de la Madre de Jesús, pero sí al menos de su soplo desprendido de la alta profundidad de Dios. Lo afirmo con el sostén de mi propia experiencia. He estado en el Santuario de Las Peñas, ubicado en Livilcar, Valle de Azapa adentro, a 60 kilómetros cortos de Arica, señalando que esta breve lejanía es sólo aparente y engañosa, porque la distancia no se mide en kilómetros, sino en lo que cuesta llegar a Livilcar. El precio se paga en esfuerzos, sudores y jadeos, con alguna angustia timorata por el medio, imaginando que la jornada podría significar que se dejarán los huesos en la travesía. Livilcar es uno de los sitios más inaccesibles de Chile. Se llega a él por delgados senderos, trazados al filo mismo de impresionantes precipicios. En mis días resultaba imposible realizar el viaje en

ninguna clase de vehículos. Era necesario hacerlo a pie o a lomo de mula con la uña educada en sortear los peligros.

Así se llega a la Quebrada que domicilia a la Virgen, tallada en una de dos grandes rocas, separada por sesenta pasos de buen tranco, cada una con una estatura de 150 metros. Nadie sabe quien fue al el artista que esculpió la imagen de la Inmaculada. Su identidad es uno de los muchos misterios de la Virgen de Las Peñas. También es un enigma el año preciso en que comenzó su culto. Las tradiciones orales que conozco se detienen en 1600. Luego se hunden en la nada. Pero los más viejos ancianos de Azapa, repitiendo lo que oyeron a sus padres y a sus abuelos, aseguran que Nuestra Señora ‘siempre estuvo aquí, porque el Tatita Dios lo quiso así. Por eso es la Patrona de la Quebrada’.

Esta es, pues, la virgen que llora una vez al año, para el primer domingo de octubre, como ya lo he dicho. Su llanto se produce cuando un hilillo de agua brota de la completa aridez de piedra que circunda a la patrona de la quebrada, y luego resbala desde sus ojos, gota a gota, dando de veras la impresión de que esta llorando. El prodigio cita a los devotos, ambicionando recoger en tuestos de diversa índole lo que puedan del llanto seráfico, seguros de que lo más poco bastará para sanarlos de cualquier dolencia, incluyendo al mal de amores, prodigando una certeza que también me pertenece, porque os doy mi palabra como garantía. También me sentí mejor y más limpio la vez que fui con doce mil peregrinos --chilenos, argentinos, bolivianos y peruanos-- y bebí tres gotas de las mágicas lágrimas.

Creo, entonces, que la virgen lloró por Chile este domingo, es decir, porque venga la unidad de los chilenos como resultado del plebiscito de mañana, exigiendo de todos la

comprensión de que el futuro ha comenzado ahora, en el presente, aperado de una dignidad más pura y una vida más justa, sin odios violentistas ni sectarismos mezquinos.

YA HABIAN FRACASADO LAS ARMADAS de otras tres banderas cuando Sir Ernest Shackleton se dirigió a la nuestra, en el invierno de 1916, para intentar el salvatage de los 22 náufragos de su expedición antártica, abandonados desde el 15 de abril en la Isla Elefantes, a los 61 grados de Latitud Sur, en las puertas mismas del País del Hielo. La respuesta de Chile fue dada de inmediato por al Almirante Joaquín Muñoz Hurtado: "La escampavía 'Yelcho' --se le dijo a Schakleton--, ahora al ancla en Punta Arenas, al mando del piloto, Luis Pardo Villalón, irá a la Antártica a rescatar a los marinos ingleses".

Era la esperanza. Pero a Schakleton se le fueron otra vez los ánimos al suelo cuando vio a la "Yelcho". Se trataba de un buque pequeño de apenas 300 toneladas, inapropiada por donde la mirasen, viejo, sin calefacción, sin radiotelegrafía y hasta sin luz eléctrica, carente de doble bajo fondo y con la borda muy baja para encarar con suerte una gruesa marejada.

Ante el Almirante Luis López, jefe del Apostadero de Punta Arenas, Schakleton le confesó entonces su amargo pesimismo:

--Creo que en la "Yelcho" no podemos ir a ninguna parte. Estamos en invierno, en agosto, con el mar sembrado de perversos témpanos gigantes. Me parece, pues, que vamos a fracasar de nuevo, si es que la "Yelcho" no se va también a los infiernos, tragado por otro naufragio.

--Espero que no sea así y que usted lo vea, --respondió el Almirante López.

Schakleton lo vio. La "Yelcho" zarpó de Punta Arenas en la medianoche del viernes 25 de agosto, proa hacia la Antártica por la ruta del Beagle, a 10 millas por hora. Al día siguiente estaba en Isla

MISION IMPOSIBLE

Picton, dispuesta a seguir desde allí, en línea recta, hacia el cumplimiento de su auténtica misión imposible, ahora navegando despacio, sólo a 3 millas por hora, esquivando los témpanos que se le iban encima como el corre-que-te-pillo, soportando un frío que quemaba a 15 o 20 grados bajo cero, una visibilidad que se hacía cada vez más escasa y oscura, pero sin abandonar nunca el rumbo que el Piloto Pardo había fijado al salir del Beagle, en derechura hacia Elefantes.

De esta manera, tal como lo digo, a las 10.40 de la mañana del miércoles 30 de agosto, con la "Yelcho" rodeada por el pack helado, una línea de rompientes apareció a la vista, como manchas casi grises y casi negras: "Ya llegamos --le dijo Pardo a Schakleton--. Eso que usted ve es la Elefantes por su rumbo Norte".

Era la Elefantes. La "Yelcho" llegó a ella a las 13.30 y una hora después viajaba de regreso a Punta Arenas con los 22 tripulantes salvados de su trampa, todos lagrimeados y riéndose a la vez. Schakleton también lagrimeó cuando una vez en Magallanes se precipitó al telégrafo para enviarle un emocionado mensaje al Almirante Muñoz Hurtado: "Me es imposible hallar palabras adecuadas para expresarle mi agradecimiento por todo lo que ustedes han hecho por nosotros".

Joaquín Muñoz Hurtado le contestó desde Valparaíso: "La Armada de Chile ha recibido la noticia del salvataje de los marinos británicos como si se tratase de nuestra propia gente".

ARGONAUTA

Los frailes mercedarios son los únicos en el mundo que poseen un tango propio, dedicado a su templo, por el compositor argentino José Santos Discépolo.

AYER CELEBRAMOS A LAS MUCHAS MECHEs QUE ABUNDAN EN CHILE, en la ocasión de ser también el día de su tosía seráfica, la Virgen de la Merced, venerada en el templo santiaguino de este nombre, singularmente vinculado a la historia nacional.

Los frailes Mercedarios fueron los segundos en llegar al país, agarrados al talón de los Franciscanos que se ofrecen como los primeros. Los franciscanos se establecieron en 1545 con la Virgen del Socorro, la misma que Pedro de Valdivia traía en el armazón de su caballo. Los mercedarios lo hicieron en 1548 con su propia virgen, traída desde el Cuzco por el padre Antonio Correa. ambas imágenes son, pues, las más antiguas en el culto querendón de los chilenos.

LA ACERA ANGOSTA

Su Cristo de la Agonía --esto es, agonizante, pero no muerto--, es la riqueza que más llama la atención del visitante. Se trata de una magnífica escultura de Martínez Montañés. El famoso artista Ibero talló su obra en una sola pieza e madera policromada, dándole un singular movimiento al cuerpo que brilla en los tendones, por las incrustaciones de nácar, con una bella y a la vez terrible expresión en el rostro del Cristo que va muriendo y vive todavía. Felipe II, el soberano español, hijo de Carlos V, donó el Señor de la Agonía a los frailes mercedarios de

CARRILLON DE SANTIAGO QUE ESTA EN LA MERCED

su muy noble y leal ciudad de Santiago de Chile, y estos, al recibir el regio regalo, se vieron obligados a ensanchar el templo, corriéndolo más hacia la calle. Es lo que explica la delgada angostura que molesta al transeúnte en la acera de la calle merced que corre junto a su fábrica. Esta así desde cuatro siglos. Pero podría apostarse que ignoran de su causa nueve de cada diez personas a quienes se interrogue sobre el asunto.

La misma dolida proporción podría darse entre los que tampoco saben que aquí, en la Merced, esta sepultado el Conde de la Conquista, don Mateo Toro Zambrano, presidente de la Junta de Gobierno que el 18 de septiembre de 1810 fue el barbecho germinal de la Independencia de Chile.

LA MAGIA ESTA EN EL AIRE

Pero el más poderoso hechizo mercedario reside en el embrujo de su Carillón Alemán, que asombró a Santiago en su fecha inaugural, el 15 de septiembre de 1928, a tres años cortos de distancia del ascenso del templo al rango de basílica, jerarquía que luce desde 1925. El carillón esta formado por 25 campanas de bronce capaces de dar 130 compases diversos en su admirable diapason, más un tambor con 48 teclas que mueven otros tantos martillos, con un peso que totaliza 1.775 kilos. La magia musical del carillón se desgrana junto a una vecina venerable, la gran campana que el fraile Joseph Hurtado ordenó construir en 1698, reputada como la más grande que toca en Santiago. Cuando enmudece la campana y suena el carillón, los santiaguinos, sin embargo, salvo las contadas excepciones que confirman la

penuria, aun no se dan cuenta de que poseen algo único en la entera redondez del mundo. No hay otro carillón igual en las Américas, ni siquiera una de tipo parecido en el resto del globo.

CON TANGO PROPIO

Es lo que autoriza al templo santiaguino para ser la única iglesia en el ámbito mundial, que luce un tango propio. Es lo que el compositor argentino, José Santos Discépolo, le dedicó al Carillón Mercedario, impresionado de veras por ese como pentagrama musical que se iba por el aire:

Carillón
de Santiago,
que esta en la Merced.

Santos Discépolo era un poeta auténtico. Todos sus tangos expresan una verdadera poesía, hermanada sin inconvenientes con un admirable dominio de lo popular, entregando con él, toda una necesaria rectoría –a veces dramática, a veces sonriente-- sobre la vida que suele ser nada más que una farsa o casi comedia. Fue lo que hizo en “Cambalache”, “Yira, yira”, “Chorro”, o “Esta noche me emborracho”. Pero tal vez su más fina poesía la entregó en el tango ofrendado al Carillón de la Merced, acaso porque este pudo conmoverlo de modo distinto:

En tu son inmutable
la voz de mi andar,
de viajero incurable

que quiere olvidar.

El tango suena como suena el Carillón, y yo fui testigo de como nació el prodigio. Veníamos con Santos Discépolo de amanecida por calle Merded, ya con el sol alto, en busca del reposo que nos prometían las sábanas del hotel del español Eustaquio del barrio, cuando de improvise inició su tránsito musical el carillón mercedario, y entonces el sorprendido Santos Discépolo, borracho de vino, amor y poesía, como lo exigía Baudelaire, comenzó de inmediato a garabatear su tango inmortal.

TESTIGO DE CHILE ANTE EL PAPA

EL TITULO DE ESTA CRONICA recoge una verdad completa. Julio Verne podría ser el mejor testigo presentado por Chile en el Proceso de la Mediación Pontificia. No resulta adversario de esta postura, en lo más mínimo, el hecho de que ya no existe el escritor francés. Sus libros siguen viviendo, dotados de una preciosa eternidad sin límites, y es través de dos de ellos que Julio Verne declara a favor de Chile en el áspero litigio artificial promovido por Argentina. Las obras a que nos referimos son “Los Náufragos del Johnathan” y “El Faro del Fin del Mundo”, ambas pertrechadas de la singular jerarquía científica y geográfica que resplandecen en la entera creación literaria de Julio Verne. Siempre fue exacto, y continua siéndolo, naturalmente, todo lo que precisó el escritor en sus libros de modo admirable.

DESDE EL BEAGLE HASTA EL CABO DE HORNOS

Son una prueba de ello “Los Náufragos del Johnathan”, curiosamente publicado en la misma Argentina por la editorial TOR, en 1955. En sus páginas se hacen cosa exhaustiva la historia y la geografía del último rincón austral del mundo, habitado por el hombre, sin que pierda dramatismo la desolada epopeya del personaje, un misterioso individuo llamado el “Kawdjer”, que se exilia de la civilización para vivir en la salvaje libertad que anhela en la Isla Nueva del canal Beagle. Allí detiene el aventurero su cansada tienda nómada y domicilio

JULIO VERNE,

su esperanza y su ensueño. La isla no pertenece todavía a nadie. Ningún país, al menos, la tiene bajo su bandera. El Kawdjer tendrá, pues, allí, su propio paraíso, un dominio patriarcal y antiguo donde será a la vez el Rey y un Dios para los aborígenes. Pero este delirio se desploma cuando un indio que vagabundea por los canales le trae una noticia. Chile y Argentina acaban de firmar el Tratado de 1881. Ya tiene un dueño efectivo, en gracia a su articulado, el Beagle y sus islas. El aventurero suspira con fatiga, resignado a las ruinas de su anhelo. ¿Adónde ir ahora? No lo sabe. Pero aun le queda un final afán nervioso. ¿También la isla le será arrebatada por la civilización y la soberanía de un país? Julio Verne establece el nervio del tema en el siguiente diálogo que precisa entre el Kawdjer y el indio vagabundo.

-- ¿Y --preguntó el Kawdjer— todas las islas del canal Beagle dependen de Chile?

--Sí, todas las islas situadas al Sur del Beagle y hasta el Cabo de Hornos son ahora de Chile.

--¿Esto incluye también a la Isla Nueva?

--Sí. También a la Isla Nueva.

Eso es, pues, lo que Julio Verne puede declarar ante el Santo Padre, demostrando el ningún asidero ni sostén de la ambición expansionista de Argentina, adulterando la inmutable realidad geográfica del Beagle para codiciarle a Chile las islas clave del canal fueguino.

EL FARO DEL FIN DEL MUNDO

Sucede lo mismo con la otra novela de Julio Verne, ‘El Faro del Fin del Mundo’, editada en Buenos Aires, en 1971, por el sello Bruguera. El faro se levanta en la Isla de los Estados, posesión de Argentina, enclavada --señala Julio Verne en la página 8 de su libro-- “en la zona donde se confunden las aguas del Atlántico y el Pacífico”. La frase encomillada revela que el meridiano del Cabo de Hornos no es el límite oceánico, como lo pretende Argentina .

La auténtica frontera oceánica esta en el ámbito de la Isla de los Estados, frente al canal Beagle, en la prolongación sumergida de los Andes fueguinos, emergiendo con el rostro de islas o archipiélagos hasta empalmar en la antártica de Chile, con nuestra Tierra de O’Higgins. Ese es el arco antillano, la verdadera divisoria entre los dos océanos. Julio Verne vuelve a subrayarlo en las páginas 12, 15 y 21 de su obra. El escritor francés, después de todo, sabía geografía, cosa que tampoco ignora el Santo Padre. El testimonio de Julio Verne, entonces, debe pesar de un modo ejecutivo en la balanza de la Mediación Pontificia.

EL DRAMA Y EL DELIRIO DE COLÓN

AHORA QUE amanece el martes 13, y ando por lo mismo con los huesos puestos de mal modo, comprendo tal vez de mejor manera la tragedia de Colón. Al filo despiadado de los hechos, saludada hoy como del Descubrimiento de América, su empresa no fue, sin embargo, nada más que una intención. El mundo no se dilató fabulosamente ante sus ojos el 12 de octubre de 1492. Colón sólo vio a medias o de laya equivocada lo que iba ofreciendo a cada paso su admirable hallazgo geográfico. Creía estar en las tierras de Catay o de Cipango y no en las de un Nuevo Mundo. Esta obsesión de haber llegado al Asia se le transformó después en la violencia de un delirio. Colón se sostuvo en él con una terquedad feroz que duró toda su vida. Hasta su muerte, a quince años de distancia de su hazaña, rechazó la gloria de que había descubierto otro continente. Lo dice muy en claro en su testamento, donde relumbra el ciego orgullo vanidoso de su error sin vuelta. Allí se lee esta elocuente frase que lo proclama, ya sin remisión posible, en el borde mismo de su adiós definitivo, asesinado por una anginia de pecho: “El Gran Almirante de la Mar Océánica, Virrey y Gobernador General para las Islas y el Continente de Asia y de las Indias...”

Creyéndose en Asia, en ninguno de sus cuatro viajes el Gran Almirante se interesó por descifrar el secreto que América colocaba al alcance de su mano. Colón aseguró que el Mar Caribe era “sólo una bahía grande” y dejó que se fuese al diablo el barco Maya que encontró frente a Trinidad, sin preocuparse del testimonio de una civilización de

mayor jerarquía que la suya. Ni siquiera se resolvió a cruzar el Istmo panameño. No intuyó que desde ahí partía la ruta que caía en Java y llevaba a Cipango y a Catay, conduciéndolo a presencia del Gran Khan, como él quería ir. De América misma, Colón sólo reconoció un mínimo trozo del litoral venezolano y otro no mayor en el Darién. No quiso viajar a México ni buscar en Florida la fuente de la eterna juventud. Para incorporar a la geografía el nuevo continente, el mundo tuvo que esperar a que Américo Vespucio demostrara que lo era.

COLON se extravió en una maraña confusionista, científica y teológica. Antes que él, Roger Bacon sostenía que la tierra era redonda y el florentino Paolo dal Pozzo Toscanelli había adivinado el continente americano, situándolo en su extraño mapa a la distancia exacta que lo separa de Europa, un tercio de la circunferencia terrestre. Colón leyó los escritos donde Bacon invocaba el nombre de Dios para desafiar la hoguera -que a ella eran condenados los que dudaban que la tierra era plana-, y llevó en su primer viaje una copia del misterioso mapa del florentino Toscanelli. Colón, pues, no navegó con los ojos vendados, cuando vino a América, bordeando el Mar de los Sargazos. Era la ruta que fijaba Toscanelli. Pero aun dentro de su extraña certeza, el florentino había perpetrado un error que después cogería a Colón como una lepra. Toscanelli aseguraba que esa tierra que él adivinaba sobre el ancho mar, era la otra entrada de Cipango, el nuevo camino para llegar a Catay, al Imperio del Gran Khan. De allí, sin duda,

Colón extrajo la ilusión atormentada que lo llevó a la tragedia y al delirio. En 1499, Colón estaba vivo cuando Vasco de Gama llegó a Calicut. Un año más tarde, en 1500, Alvarez Cabral dio la vuelta al Africa, protagonizando una odisea que demostraba el error de Colón y una auténtica epopeya ante la cual la de Colón parecía un juego de niños. Pero el Gran Almirante, abandonado de todos, inspirando ya más lástima que respeto, siguió en sus trances. El había llegado al Asia. No había descubierto un Nuevo Mundo. Era penoso. La gente se reía de él. Bribones enfermos venían a rascarse sus llagas y su pobredumbre bajo las ventanas de su gran casona vacía y silenciosa, con aires de palacio en Valladolid. En su mayoría eran los restos de las primeras tripulaciones que llegó a América. Cuando el rostro de Colón aparecía en el vado de las ventanas o puertas, esta carroña viviente le mostraba sus pústulas, sus horrendas úlceras, llamándolo Gran Almirante de los Mosquitos para reírse de la pasada gloria del anciano que los contemplaba con ojo enloquecido.

Colón vio a más de uno morir ante su reja. ¿Qué extraño asesino se habían traído de ese Nuevo Mundo que él negaba haber descubierto? La humanidad tardó cuatro siglos en saberlo. Sólo entonces el alemán Fritz Schaudinn precisó el genio y la figura de las espiroquetas de la sífilis. Con ellas, la dulce carne aborigen de las mujeres del Nuevo Continente había dejado la semilla de la venganza en la sangre de quienes fueron a descubrir la América contra la voluntad y el sueño de Colón.

**EMILIANO ZAPATA
CABALGA DE NUEVO**

LA RECIENTE REBELIÓN ARMADA estallada en Chiapas, el más pobre o el más necesitado de los estados mexicanos del Sur, puso de nuevo en circulación el nombre de un fantasma. Es el de Emiliano Zapata, líder de una frustrada revolución agraria, canonizado de inmediato por el pueblo que lo amaba y lo sigue amando, pese al fracaso de sus ideales, tronchado por la muerte que lo atrapó el 10 de abril de 1919, hace 75 años, que se cumplirán cabalmente en el ya cercano cuarto mes del calendario. No voy a pronunciarme, naturalmente, sobre la justicia o lo errado de la causa que arrimó a los alzados en armas contra el gobierno mexicano. Ello no me evita, sin embargo, señalar como un auténtico prodigio, reservado solo para los santos y los héroes, esta como resurrección espiritual y ejecutiva de Emiliano Zapata. No en vano ha sido llamado “el Apóstol de la Revolución” por todos los estudiosos del proceso mexicano, los intelectuales ubicados a este lado y al otro de las barricadas, cada cual en una posición adversaria de la asumida por el otro. Es lo que me hace recordar las palabras que me confió Lázaro Cárdenas, en 1955, cuando ya no era el Presidente de México, sino Miguel Alemán, el político elegido en los comicios como Su Excelencia. “Tal vez conmigo terminen los hijos de la revolución”, precisó entonces Lázaro Cárdenas, un tipógrafo que se enroló a los 18 años en las guerrillas, ganando en la lucha todos sus grados militares, y ser, pues, un general “a dedo”. “Ahora vendrán los políticos, pero nosotros, los que nos vamos, hemos construido el nuevo México. espero, entonces, que nuestra obra perdure. Se lo digo pensando en quien era, tal vez, el mejor de los nuestros, ese Emiliano Zapata al que asesinaron en la sucia emboscada que no logró matarlo de veras.

Se lo digo por una razón clara y transparente. Desde el mismo instante de su martirio, Emiliano Zapata sigue vivo en el corazón de los humildes campesinos del Sur de México, por quienes luchó como no lo había hecho nadie en nuestra historia. Ese, pues, el corazón del pueblo, es su domicilio actual, que debe serlo también para siempre.”.

Ya veis que las palabras de Lázaro Cárdenas han resultado proféticas en más de una medida. De todos los personajes que iniciaron la Revolución Mexicana en los albores románticos de este siglo que agoniza, incluyendo al propio Cárdenas, Zapata es sin duda el más interesante. Ninguno como él ha expresado de mejor manera las ansias ancestrales de justicia y redención social. Francisco Madero fue el aristócrata que se precisa como precursor de la Revolución que, sin embargo, no entiende plenamente y a la que teme por lo mismo en más de un aspecto. Venustiano Carranza es el terrateniente que sigue fiel al latifundio, pese a que sus galas revolucionarias dicen lo contrario. Alvaro Obregón es el pequeño agricultor, surgido también de la pequeña clase media con sus vicios y sus virtudes, y la pechada que lo lleva hacia arriba. Pancho Villa es el bandolero que pone al servicio de la Revolución sus dotes de bandido, su coraje bárbaro y su estrategia instintiva. Sólo Zapata encarna al pueblo engañado y oprimido, indio a medias o del todo. Es el peón, el siervo de la gleba que se alza contra la explotación y la ignominia. La historia que se enseñará mañana dirá entonces si su fantasma tuvo o no razón en salir a cabalgar de nuevo.

* Antes de decir que sí, que bueno, la pinguina le exige al pingüino una joya de compromiso en una admirable imitación de los humanos.

*Sus matrimonios son más leales que los nuestros, ‘‘hasta que la muerte los separe’’: no se conocen los adulterios ni el divorcio.

ESTA ES LA EPOCA, cuando se asoma marzo por el calendario, anunciando el otoño, en que pololean en la Antártica los pingüinos que se vieron reacios a las exigencias matrimoniales en la brevedad de la primavera y el verano polar. Lo hacen, de la misma manera que sus antecesores en los trajines del romance, no como pájaros-peces --que esa es su verdadera condición zoológica--, sino más bien como personas. Basta haberlos visto una vez, ceñidos a los ardores de su afán conyugal, para recordar de inmediato ese libro de sonrientes ironías --‘‘La Isla de los Pingüinos’’--, que escribiera el genio mordaz de Anatole France, en cuya imaginaria literaria, San Mael les administraba hasta el bautismo, confundidos con extraños hombrecillos vestidos de etiqueta o de monjes dominicos, con sus hábitos en blanco y negro.

VIENE EL AMOR

Cada pingüino con su pinguina es, pues, la inexorable ley misteriosa que esta imperando ahora en las blancas soledades frías del sexto continente, tan codiciadas por la ambición geopolítica que le da su pulso al mundo. Pero esto no quiere decir en absoluto, que la empresa sea fácil para el pingüino. La cosa requiere algún esfuerzo y un exacto corazón de epopeya para la ilusión. El pingüino debe enamorar primero a la pinguina, sin apurar sus bodas así no

CADA UNO CON SU CADA UNA

* Así pololean y se casan los pingüinos en la Antártica nupcial

más, a la brutanteque, como suele ocurrir con otras especies de la zoonocra, incluyendo a la familia humana, y aun este alarde de gentileza donjuanesco puede resultar insuficiente a veces. En cualquier instante la pinguina puede decir que no, que no hay caso, que no le gusta el galán que la corteja, que prefiere a otro, o bien, simplemente, que ha decidido permanecer soltera, pronunciando inquebrantables votos de castidad por un año o por toda la vida, según cual sea su designio. La pingüina, después de todo, es una dama que conoce y domina la virtud femenina de la inconstancia.

ARDOR EN PLENO HIELO

Dicen que Mefistófeles se rió, con la risa más maligna de su colección perversa, cuando aconsejó al viejo Doctor Fausto para conquistar el amor de la hermosa Margarita: ‘‘Para ablandar el corazón femenino --le aseguro Mandinga--, nada mejor que el obsequio de una joya. La mujer es una mala pécora que se desvive por los embelecados de la pedrería’’.

Los pingüinos también parecen tener a Mefistófeles como rector de sus romances. Un pingüino bien parado en sus plumas aceitosas, al menos, no se acerca si no más a la dama que ha elegido. ‘‘Contigo amor y pescaditos’’. Bien. Esa es la ley de la especie. Pero antes de decir que sí, que bueno, que lo acepta como esposo, la pinguina reclama ver la joya que consagra su consentimiento y la una en matrimonio. Por eso se hace la lesa ante el afán desesperado del pingüino. En una admirable imitación humana, algo que llama poderosamente la atención de quien lo ve, la pinguina exige un anillo de compromiso para poder casarse como se casa una verdadera señorita.

LA ALHALA DE PIEDRA

El pingüino acepta sin reparos la cabela. ¡Sólo estaba esperando que ella le dijese que necesitaba eso para convertirse en su pinguina! Un arrumaco para la despedida, entonces, sin comprometerse mucho, porque hay que guardar las apariencias, y el pingüino se va de viaje en busca de la joya que anhela su prenda. Esta alhaja será un guijarro, lo único distinto que ofrece la hostilidad del hielo, pero señalando que no puede ser un guijarro cualquiera y sí el más hermoso, el más llamativo, el de color más intenso. Se ha visto a más de una pinguina desechando el obsequio traído por su nervioso y presunto consorte. La piedra, simplemente, no era la gema de su agrado. Pero cuando la pinguina acepta el regalo del pingüino, la cosa esta hecha, dichosamente, ‘‘y tout va très bien, madame la marquise’’.

EL AMOR Y LA VIDA

El pingüino, entonces, deposita su presente a los pies de la hermosa. Luego, abriendo los cortos alones y elevando el pico al cielo, permanece en actitud de éxtasis. La pinguina, mientras tanto, observa con minucioso cuidado el sortilegio que su enamorado trajo para ella, arriesgando la vida, desafiando la constante amenaza de las focas, las orcas y las crueles gaviotas skúas, sus asesinos profesionales de triple jerarquía diferente. Después, cuando ha terminado su estudio, lo toma a su vez con el pico, como para expresar así su gozo de novia dueña de una joya. Este gesto es el que los une en matrimonio, antes del contacto sexual, de manera aun más leal que a la pareja humana, de veras ‘‘hasta que la muerte los separe’’, porque el divorcio no esta permitido entre los

pingüinos, ni se conocen tampoco las injuriosas infidelidades conyugales.

ACECHAN LOS PELIGROS

Luego vienen la preparación del nido --hecho de piedras, no de plumas— y la amorosa incubación de los huevos, realizada por turnos entre los esposos --un día ella, otro día él--, y por fin los cuidados de la prole que nace muy desobediente sin comprender la lucha por la vida, las focas y las horcas acechan en el mar a los pingüinos, y la enorme gaviota skúa baja de los cielos antárticos para darse un atracón de pingüinitos apenas atisba que los padres han abandonado el nido para salir a pescar.

Así vi a los pingüinos en la Antártica. Siempre recordé en la ocasión las palabras que Jean Charcot les dedica en su libro “Viaje al Polo Sur”, y las voy a reproducir ahora, transido de emoción y de nostalgia, con el frustrado deseo de verlos otra vez en el País del Hielo:

“Al observarlos tan erguidos y tan puros, graves o traviesos como chicuelos, nunca dejé de experimentar una honda inclinación paternal hacia los pingüinos. Realmete parecían niños...”. O “caballeros vestidos de Frac”, como les dijo Nordenskjold, otro explorador antártico que también les dio su amor.

